SOLEDAD

Y

EL COMBATE DE LA TAPERA



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

JUSTINO ZAVALA MUNIZ
Ministro de Instrucción Pública

JUAN E. PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 15

E ACEVEDO DÍAZ
SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA

Preparación del texto a cargo de
SOFÍA CORCHS QUINTELA y ANGEL RAMA

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

SOLEDAD

Y

EL COMBATE DE LA TAPERA

Prólogo de
FRANCISCO ESPÍNOLA

MONTEVIDEO
1954

PRÓLOGO

Eduardo Acevedo Díaz nació en la villa de la Unión, el 20 de Abril de 1851 y murió en Buenos Aires el 18 de Julio de 1921. Sus ascendientes, por ambas ramas, pertenecieron al patriciado nacional. Y remontando su genealogía se halla, entre guerreros y hombres de pensamiento y de derecho, un compañero de Colón y las figuras casi legendarias de tres de los trece que se pusieron al lado de Pizarro cuando éste trazó una línea con su espada sobre la playa de la Isla del Gallo y señaló el camino del Imperio fabuloso. Corría por sus venas, pues, sangre de seres poco comunes, cuando no extraordinarios, de los impelidos a una vida intensa, proyectada en la acción o en el pensar, abarcadores de horizontes siempre más amplios que aquel que circunscribe en la mayoría el instintivo egoísmo personal. Escenas desmesuradas y detenidas en el tiempo por el índice de la Historia, personajes de espectacular sugestión, fragores de luchas enconadas, pueblos enteros y culturas defendiendo su destino o arrebatando el ajeno, conciencias empeñadas en discernir justicia, plumas puestas a fijar la perpetuación del pasado o a aleccionar a los hombres en los primeros intentos de proselitismo político por la

persuasión (1) todo esto resuena en el existir de Acevedo Díaz niño para seguirle cual cosa eviterna con su rumor, a la manera de la recóndita voz del mar en la concavidad del caracol.

Y ello se prolonga en una naturaleza privilegiada, moldea y ennoblece un alma creadora, toca con sigilosos dedos exigentes un corazón que rebosa de generosas aspiraciones y que, como veremos en mención ineludiblemente sucinta, no conoció el miedo ni la doblez, lo que le permitió soportar el peso de su destino. Tendencias superiores, que florecieron casi siempre aisladas, detiénense, por fin, confluyendo hacia un solo ser, para formar haz apretado y ofrecer, de esa manera, un tipo humano fundamental. Así, Eduardo Acevedo Díaz resultó una encrucijada que se cierra por el surgimiento de su propia presencia, como por rotundo y espléndido monumento.

De los dos aspectos de su personalidad que gravitaron intensamente en nuestra sociabilidad debemos relegar uno de ellos, el político, a la espera de que la Historia, apreciando sin odio y sin amor un pasado complejísimo y aún hoy candente en el alma colectiva, establezca la justicia que corresponde. Pero, sea como sea, esta es la verdad, la voluntad resulta impotente para borrar del espíritu, en la evocación de las

(1) Su abuelo, el general Antonio Díaz, fundó en Montevideo el primer diario que justifica el nombre de tal: "El Universal". Anteriormente, había sido de los redactores de "La Aurora" (1823) Fué de los siete jefes que envió engrillados el gobierno de Buenos Aires a Artigas, quien los devolvió manifestando que el no era verdugo Peleó en Ituzaingó Ha dejado sus memorias, aún inéditas. Su tío, el coronel Antonio Díaz, hijo del general, escribió la "Historia política y militar de las repúblicas del Plata".

sagradas tradiciones, la presencia de Eduardo Acevedo Díaz entre las imágenes que concretan las largas horas sombrías de las luchas por la libertad y la convivencia democrática; al que, joven estudiante de Derecho, se hace a los 19 años soldado de Aparicio y, cinco después, irrumpe entre las huestes de la Tricolor; a quien con Agustín de Vedia y Francisco Labandeira, a la luz de las lanzas montoneras del año 70, levanta el verbo de la futura civilidad desde el diario del ejército, desde "La Revolución", en cuyas columnas se exponen los principios que más tarde darían su plataforma al Partido Nacional; al conspirador y al periodista que, de vuelta de la guerra, incesantemente se juega la vida por señalar con índice de fuego a los déspotas y a sus aprovechados turiferarios, al mismo tiempo que por enardecer la fibra revolucionaria desde "La República" y desde "La Revista Uruguaya" hasta "La Democracia" y "La Epoca" y "El Nacional" en artículos tan magistralmente realizados que todavía conserva la memoria del gentío, en una inaudita persistencia que no tiene parangón en el historial del periodismo de América; como tampoco lo tiene el poder penetrador de su oratoria, al punto de que, aún hoy, no es cosa sorprendente el escuchar de labios de viejos luchadores, en cualquier pago de la patria, períodos enteros de los discursos con que Acevedo Díaz inflamaba el corazón de las muchedumbres, por única vez hasta entonces atraídas para otra cosa que para la guerra, en las primeras asambleas políticas a campo abierto que tuvieron lugar en el país.

Sí, sea como sea, esta es la verdad, resulta imposible el eliminar de la tradición democrática, que debemos depositar en los hijos como estímulo y como aglutinante, al primer caudillo civil que tuvo la Re-

pública; a aquel que en 1895, puesto por las juventudes blancas al frente de "El Nacional", cumple el propósito de encender la fibra de su colectividad desmoralizada, sin organización y sin sus grandes caudillos militares de antaño, a fin de hacer frente al gobierno en el terreno que exigieran las circunstancias, después del colmo de la impudicia de las elecciones del 93 Resulta difícil olvidar esto porque en tal momento se inicia en el Uruguay el azaroso proceso del requerimiento directo a las masas para agruparlas en torno a figuras civiles, inculcándoles una hasta entonces desconocida o aun desdibujada responsabilidad personal inalienable. El día que se discrimine con justicia se verá que, en la formación de la conciencia democrática del Uruguay, de que tan orgullosos estamos, la intervención de Acevedo Díaz fué, o decisiva o, por lo menos, de importancia fundamental.

Por sus facultades y el influjo natural de las circunstancias se constituye, decíamos, en el primer caudillo civil que tuvo la República. La actividad de Acevedo Díaz al hacerse cargo de "El Nacional" es sobrehumana. Organiza comites, escribe editoriales doctrinarios y sueltos de certera agresividad, pronuncia conferencias, marcha a campaña a propagar sus ideas y su fe. Las multitudes se electrizan. Su espléndida figura, "hasta de espaldas imponía", se yergue a veces, como en San José, ante siete mil hombres que, en la encrucijada de la inercia atávica y el futuro de la civilidad que ellos mismos tendrían que crear a tientas, exteriorizan en forma simbólicamente opuesta el entusiasmo bajo la voz magnifica; unas veces con sus aplausos ruidosos y todavia desacompasados; otras, cimbrando en alto el brazo diestro, como sintiendo nuevamente ya dentro del puño el astil de

la lanza. Ante ellos la palabra de Acevedo Díaz hácese llana, intencionadamente humorística, rotundamente gráfica y elemental. Y no era esto demagogia sino piadosa entrega, fruto de la ardiente necesidad que obligaba a un humilde plegamiento hacia formas de lenguaje capaces de iluminar a aquellos seres; ello nacía por la imperiosa simplificación inocente a que tenían derecho los hombres rudos y buenos a quienes se dirigía En la conciencia colectiva de tierra adentro —decíamos desde un estudio sobre nuestro escritor, y es esto muy importante para la historia de las ideas en el Uruguay— por primera vez se perfila, no ya como duro pero al fin y al cabo varonil desplante provocativo sino como repugnante delito moral, la perturbación del proceso eleccionario o la franca intromisión de la fuerza. Se empieza a integrar en las masas el sentimiento de patria experimentado en forma de mera noción estática con el de una dinámica del derecho que se ejercita como función inalienable del individuo, y en el sentido de la igualdad comunal. El pudor cívico alborea en las almas. En la temática de los hombres del campo un elemento nuevo se entremezcla con los repetidos asuntos habituales; el nacido de la preocupación por una forma todavía apenas entrevista que se va a abrir paso apasionadamente: el de la Ley escrita ante la comunidad, la cual rodea vigilante las manos que la trazan. Es un ingenuo, embriagante estupor. Es el potencial afectivo desplazándose hacia un punto al que se acude obedeciendo a voces extrañas y a ecos que llegan a cada uno desde el fondo de su propio espíritu.

Un hombre de la penetración del autor de ISMAEL tenía que sentir hasta con los ojos el fenómeno que se estaba logrando mediante su contribu-

ción directa y principal. Genialmente, Acevedo Díaz empleó todos los recursos de su personalidad excepcional y múltiplemente dotada a fin de pulsar aquel instrumento rudimentario que constituía la colectividad de su partido, para arrancarle los sones que eran propios de ella y ajustarlos a la regulación de su sentido personal de la evolución. Y obtener así de cada soldado virtual, contemplador perpetuo de sus arreos de guerra siempre a mano en las paredes del rancho para defenderse y para atacar, un ciudadano integral dentro de una sociabilidad armónica y emprendedora. De ahí sus editoriales doctrinarios, sus artículos demoledores, sus fábulas intencionadas, sus sueltos hilarantes, como que eran preferentemente dirigidos a seres, en parte de carcajada convulsiva, hijos de una sociedad primitiva en cuanto se traspasaba la última calle de cada pueblo. De ahí, asimismo, la proyección sobre las muchedumbres de la emoción estética, superior y sugestionadora, con los folletines de "El Nacional", donde los ojos subyugados de los criollos "veían" por primera vez, en la lectura directa, los menos, en la audición de las ruedas suspensas, la inmensa mayoría, las escenas de la historia nacional, no en modo discursivo y conceptual sino reincorporadas artísticamente con el prestigio de la vida. De ahí su presencia física en todas partes y la prolongación de su alma en el acento a la vez grave y nítido y prodigiosamente revelador de su oratoria. De ahí su incesante búsqueda del peligro como un elemento más de exteriorización de su presencia. Se quemaba entero en el altar de la nueva divinidad —la democracia integral— porque ella precisaba ser alumbrada ostensiblemente...

Las obras literarias de Acevedo Díaz

Pero es preciso esperar a que la Historia distribuya justicia en ese período de la República. Contentémonos con presentarnos hoy ante los ojos al artista que hubo en Acevedo Díaz y que es, incontrovertiblemente, una gloria nacional

He aquí el caudal literario que nos legó:

Brenda (1886), Ismael (1888), Nativa (1890), Grito de Gloria (1893), Soledad (1894), Minés (1907), Lanza y Sable (1914).

De estas obras, cuatro constituyen realmente una tetralogía épica. Brenda, con la que inicia su actividad literaria, y en la que hay páginas admirables, queda fuera de ella, como queda fuera Minés, una novela psicológica débil, aunque por muchas razones muy significativa; como queda fuera Soledad, poema en prosa de intensa belleza que se publica hoy junto con El Combate de la Tapera, narración ésta cuya escasa extensión no le permite integrar el ciclo heroico, aunque lo merece por su grandeza épica suprema, y cuyo asunto la situaría entre Ismael y Nativa.

De la tetralogía no puede desprenderse ningún bloque. Se mantienen unidos, más que por el enlace de sus figuras protagónicas creadas por la fantasía —muy débil vínculo en la última de sus novelas— por el tema profundo que se va desarrollando a través de ellas. Ismael tiene un proemio no totalmente novelado en que muestra a la capital en 1808 y luego abarca los primeros meses de 1811 hasta la batalla de Las Piedras. Nativa presenta el período que va del año 1823 a los principios de 1825, el popular-

mente menos conocido, lo que entraña una tremenda ingratitud y le concede a Acevedo Díaz un nuevo mérito, el moral, al empeñarse en ofrecer la Cruzada de Olivera a la fijación de la memoria colectiva. (En este país, fuera de los especializados en historia y de los lectores de NATIVA no hay cien personas que mantengan en el seno del alma su recuerdo). "GRITO DE GLORIA se inicia con el desembarco de los Treinta y Tres y termina en la batalla de Sarandí. LANZA Y SABLE enfoca las postrimerías de la presidencia de Oribe.

Hasta ahora, la crítica ha separado esta última novela de las tres anteriores por dos razones porque se la considera de desvanecidos méritos literarios y porque se aprecia la escasa relación de sus personajes imaginarios, lo dijimos, con los de las obras anteriores.

Profundo error. En primer lugar, ella es el fruto de una evolución literaria y sentimental de Acevedo Díaz, y los nuevos valores que presenta en nada ceden y, además, complementan los que dan grandeza insuperada en América a las restantes. En segundo lugar, para pretender desencajarla no se ha visto que debajo de la ficción externa va otra trama, de importancia fundamental, cumplida por quien es, en realidad, y acentuando la proyección de la obra, el verdadero protagonista del ciclo: la nacionalidad oriental abriéndose a la vida libre.

Así, ISMAEL significa el primer intento de una voluntad que es despertada; NATIVA, el instinto popular manifestándose de nuevo en un pujo desesperado, pero certero, porque es auténticamente un instinto. Con la novela anterior, con ISMAEL, resultan las angustias del parto. GRITO DE GLORIA es el alumbramiento y es —bajo urgida brusquedad— el des-

prendimiento placentario. LANZA Y SABLE va a presentar el primer conflicto —cuya semilla ya hace presentir GRITO DE GLORIA— en el seno de la conciencia obscura recién encarnada y que, a tientas, obliga a ponerse en movimiento al haz de carne y huesos en que se asila, integrándose. Su argumento íntimo es un momento de la masa social que, ahora libre —es decir, sola— está escuchando como el intento intermitente y frustrándose de un zumbido lejano —desde que le llega del fondo del ser, sin determinación de punto cardinal— y al que, en la intuición, se atiende cual a posible señal de un rumbo. En ella se perfilan ya los dos partidos tradicionales.

SU MODO ARTISTICO. DOS MANERAS DE ENJUICIAR SU LITERATURA.

Hemos visto ya que el desarrollo de las distintas tramas novelísticas no es el motivo único ni el más importante que movió a escribir a Acevedo Díaz. Debajo, y salvados para siempre de la muerte, están la tierra nuestra y el pueblo nuestro, enteros, tal como fueron en el origen de la nacionalidad. Sin el sospecharlo, su contextura moral lo situó en excepcionales condiciones para convertirse en el insuperable novelista histórico de nuestro país, fuera de los valores literarios absolutos de su obra A los 19 años actuó como soldado de una revolución que fué de las últimas guerras típicamente gauchas Le entró directamente por los ojos la representación de los combates de la Patria Vieja, que trasladó después a sus novelas con nobleza artística insuperada en lengua española en el siglo pasado y en lo que va de este, pero que no poseerían semejante fidelidad, importantísima para

las generaciones orientales del futuro, de no mediar aquella circunstancia. Se enfrenta asimismo, con los postreros soldados de la antigua manera de los criollos, Timoteo Aparicio, Anacleto Medina, y con el gaucho en su todavía no contaminada esencialidad. Entre la trabazón de las lanzas su caballo holló palmo a palmo la tierra nativa, y fué Acevedo Díaz el único verdadero artista a quien le fué dado contemplar nuestro campo tal cual lo cruzaron las turbas emancipadoras. sin alambrados, sin palos telefónicos, sin puentes, sin vías de ferrocarril, resultando la suya la postrer mirada capaz de retener algo, sobre un mundo que tocaba a su fin.

Nuestro medio entero —con su paisaje, su fauna, su flora, su acervo humano— para el cual iba a sonar muy pronto la ineludible hora de la transformación, se le agolpó en el alma como en el grande y seguro refugio que resultó. Y quien lea con atención su obra literaria y aprecie el empleo de lo sensorial en muchas de sus páginas, advertirá que ese mundo le entró por la vista, por el oído y hasta por el olfato.

Pero hay obras de arte, sobre todo cuando son grandes, que presentan, además de su valor absoluto, otros valores relativos, dependientes en su vigencia, claro está, del primero, sin el cual no tendrían existencia en el alma colectiva.

La de Acevedo Díaz es de esas. Para los orientales dice cosas que los oídos extraños no logran escuchar. Es que a su propósito artístico esencial —realizar obra estética— él quiso agregar otro que también le nacía, igualmente imperioso, en el fondo del alma. Mediante su literatura él va a revelar a su pueblo la historia de sus padres, ahondando con sentido sociológico y docente sencillez en aquello que

la nación debe reconocer como elementos negativos o como fuentes de energías para el porvenir. Y sin declinar jamás hacia la pintura de costumbres —que es arte más fácil y menos valedero— va a mostrarle exhaustivamente los viejos usos, las cosas todas que poblaron los primordios de la raza, y su función en el ambiente físico y espiritual donde se enmarcaron aquellas horas. Y es muy posible que esta última intención fuera, de las dos, la más decisiva para moverlo a escribir. Su arte se le subordina de tal manera en el corazón —un análisis técnico y psicoanalítico lo comprueba sin esfuerzo— que en ocasiones resulta un padre cantando a media voz ante la prole atraída. Lo que hay es que tiene el pulmón tan poderoso que sus ecos llegan mucho más allá de los límites del lar.

De esos ecos que van hasta tan lejos, es decir, de lo que constituye los valores universales de su arte, hablaremos primero.

DÓNDE ESTÁ SU GRANDEZA ARTÍSTICA

Desde su obra inicial Acevedo Díaz aparece dueño de un bagaje técnico extraordinario. En ese sentido, ningún narrador en América ha demostrado, ni antes ni después, que podría escapar a su magisterio; afirmación ésta que no hacemos con ligereza y que es muy fácil de probar. Sólo en lo festivo (que aparece muy poco) y en las escenas de amor se le advierte aprendizaje. Para llegar a los diálogos de Jacinta y Luis María, en GRITO DE GLORIA y a los de Paula y Abel en LANZA Y SABLE, que son dificilísimos y están conseguidos genialmente, Acevedo Díaz ha venido mostrando vacilaciones y fallas desde el principio creyendo, por nuestra parte, que, en un

estudio hecho para la Editorial Jackson, nosotros dimos con la motivación psicológica de su razon de ser.

Hay que ir a la literatura de los supremos escritores para hallar paisajes de la calidad de los de Acevedo Diaz, en muchos de los cuales se complace en tender gigantescos telones de fondo para encuadrar deliciosas miniaturas (como la del mangangá, por ejemplo, de NATIVA) para seguir los efectos de la luz solar, los efluvios de la tierra, señalando (NATIVA) hasta las diferencias de temperatura que produce la sombra al crecer bajo los aleros, como ningún impresionista entre los plásticos nuestros, que llegaron muchísimo más tarde, lo haya logrado nunca, ni medianamente, así. No existen problemas más tremendos que los que el paisaje plantea al arte que lo quiere trasladar. Porque el paisaje es una realidad nueva, distinta de la de cada uno de los elementos que lo integran Un bosque, por ejemplo, no es meramente una aproximación de árboles. Estos, agrupados, constituyen algo poseedor de características especiales que, sin embargo, no tiene árbol alguno. Y *presentar* estos imponderables (el silencio, por ejemplo, la soledad, la densidad del aire) resulta empresa en la que sólo vencen los artistas de excepción. Y hemos dicho presentar y debe retenerse esta palabra. Porque el problema no está en referirse a aquellos elementos; no está en *decir* que hay silencio y en *decir* como es; en que hay soledad y en qué grado; el problema está en *hacerlos presente* sin aludirlos, en que el lector experimente realmente que allí existe silencio, que allí hay soledad, que la temperatura ha variado, que es distinto el aire. Sin esto, el paisaje obra como simple enumeración, no funciona como tal en el alma, no vive; no es.

Asimismo, para seguir con el ejemplo del paisaje, éste, además de su condición intrínseca, y en la medida que esté bien pintado, influye por relación sobre lo que se le sitúe cerca; y recibe, a la vez, su influencia. Pues bien obsérvese cómo se achica la figura ecuestre de Ismael en la novela del mismo nombre (sin que el autor lo manifieste con una palabra) cuando penetra en los bosques sin fin del Río Negro. Se opera esto por la perspectiva que jinete e interior del bosque han creado súbitamente. Pero se establece una acción de influencias recíprocas. En medio de un intenso silencio y de una enorme quietud, el bosque hace cada vez más pequeño a Ismael; Ismael, cada vez más dilatado y profundo al bosque. La situación, entonces, adquiere la verdad de la vida. Y el lector no es un confidente del autor, sino que se halla de manos a boca en presencia de la realidad poética, la cual está obrando por sí misma sobre su sensorio.

A propósito de esto, y a riesgo de extendernos, recordemos cómo Acevedo Díaz consigue en GRITO DE GLORIA, no ya decir discursivamente que los Treinta y Tres orientales van a realizar una empresa desmesurada y temeraria, sino presentarla librando exclusivamente toda su significación a su propia presencia física. Blanes también pintó la escena. Veamos cuál de los dos es el creador realmente superior. Se apreciará la diferencia entre el artista limitado, no en su oficio —la pintura posee para eso muchos más recursos que la literatura— sino en su misma alma, y aquel que halla en las cosas su profundo sentido y no se contenta más que con revelarlo hasta el fondo. Lo estupendo de la acción histórica resulta de la desproporción entre la pequeñez de los medios y la enor-

midad de la empresa: el número tangible, 33, de hombres frente a los abiertos panoramas tras los cuales hay 20.000 soldados del Imperio, diestros y provistos de todos los recursos militares de la época. Pues bien. Blanes tiende los personajes en el primer plano de su célebre tela, casi rozando con sus cuerpos al espectador. El paisaje es pequeño. Lo que, contraproducentemente, resulta grande, es el pequeño grupo de los Treinta y Tres. Por eso, aun en el caso de que cada una de las figuras estuviera pintada de manera genial, el cuadro, como obra de arte, falla.

Por lo contrario —y he aquí a un gran artista sorprendido en el momento en que trabaja— Acevedo Díaz quiere que llegue *físicamente ostensible* al alma del lector aquel pequeño bulto humano que sería irrisorio de no ser sagrado. Los hace desembarcar entre las sombras, tiñe luego las nubes de escarlata, difunde una suave claridad en el llano arenoso... El lector ve de cerca, todavía, a los héroes. Los ve como en el cuadro de Blanes, aún, porque para el efecto final y decisivo ello es preciso. Pero, en seguida, mediante las pinceladas que faltan a Blanes, Acevedo Díaz lo lleva lejos, a que mire de lejos, poniendo esto: "Un pequeño grupo de paisanos del pago presenciaba la escena desde el pie de la colina, dominando con sus miradas el arenal por un abra extensa del bosque. Estrechóse fila en el acto, terciadas las carabinas y desnudos los aceros. Pasóse lista con rapidez. Eran treinta y tres hombres de jefe a soldado."

La mención al núcleo de vecinos no tiene otro objeto que el de posibilitar con naturalidad la mención de "pie de la colina" y "abra extensa del bosque". Con esas dos referencias tiende una vasta perspectiva

que, por relación, vuelve sensible y reduce en la conciencia misma del lector, como presencia real no como concepto, el pequeño grupo que se hace más sublime cuanto menor es su tamaño. De ahí que el cuadro de Blanes no subyugue, y que ese momento brevísimo por lo demás, en la escena general de ISMAEL, nos detenga el corazón. En el primero, hay treinta y tres retratos de "Los Treinta y Tres", y nada más. En Acevedo Díaz, sólo están "Los Treinta y Tres", y nada menos!

Otra cualidad superior en Acevedo Díaz es su grandeza épica y la potencia de su acento trágico. La muerte de Almagro y la de Felisa, en ISMAEL; el parto de Sinforosa, el encuentro de esta con su amante en el combate de San José, de esa misma novela; la muerte de la anciana Rudecinda, en SOLEDAD, y el incendio en este mismo poema magistral, adonde posteriormente han acudido a buscar brasas tantos escritores americanos para dar fuego a sus praderas; el pasaje del Río Uruguay por Cuaró, para no citar sino en desorden los que primero asoman a los puntos de la pluma, trabajados de distinta manera, en su mayoría (nos hemos referido líneas más arriba a su virtuosismo técnico) y esas páginas tremendas de EL COMBATE DE LA TAPERA, a las que agregamos la escena del encuentro de Ladislao con su mujer después de su deshonra, en NATIVA, y la de su salida con ella en ancas, después de la venganza...

Como revelador de los elementos más secretos e inaprehensibles del espíritu, citemos un solo ejemplo: sígase el nacimiento y el desarrollo del amor de Jacinta por Luis María en GRITO DE GLORIA y búsquese después en la literatura iberoamericana algo de ese carácter que supere esas páginas. Véanse, si se

quiere más, las brevísimas menciones de lo que sucede en el espíritu de Ismael y en el de Cuaró respecto de Luis María, cuando los tres, al grito de Lavalleja (quien por razones enternecedoras y significativísimas del autor no aparece físicamente en el momento) se lanzan en la carga de Sarandí! Apréciese entonces cómo, entre las pinceladas de vigor y precisión insuperables con que pormenoriza la pelea, aquellos toques tenues a que nos referíamos logran asir delicados matices del alma, de los que ondean inefables en la franja imprecisa que separa la consciencia de la subconsciencia.

Agreguemos aún una virtud que sólo poseen los escritores más que excepcionalmente dotados: la que permite realizar con eficacia las escenas en que múltiples y complejos elementos estan en movimiento. Tales, para dar algunos ejemplos, todas las descripciones de combates, menos la de la batalla del Palmar y la que pinta en MINÉS; la parada de rodeo en ISMAEL, que presenta una de las mayores dificultades técnicas de nuestra literatura con su profusión de colores, de formas en un ritmo agitado; ritmo que se mantiene igualmente vivo, pero cambiando de entonación hasta lo sombrío, sin interrumpirse —y esto es de un maestro— para traer al lector, en sucesión de rapidísimos cuadros, la presencia de la guerra. Citemos también la visión del campamento patriota, en GRITO DE GLORIA; la de los grupos de hombres en marcha de esta novela y de ISMAEL, de NATIVA, de LANZA Y SABLE; entre las que recordamos con viveza inaudita la marcha nocturna de NATIVA, donde Acevedo Díaz se da el lujo de orquestarla con el análisis del principio de la devoción de Cuaró por Luis María; el incendio de SOLEDAD...

La significación oriental de su literatura

Hemos mencionado someramente algunos de los aspectos estéticos que sitúan a Acevedo Díaz entre los grandes escritores de la lengua. Ahora, dediquemos el final de este artículo a los valores de su obra que nos son exclusivos; a la resonancia anímica que sus páginas despiertan sólo en nosotros; a lo que fué uno de los más íntimos propósitos de su labor, al punto de que —lo hemos señalado con citas de los textos en diversas oportunidades—, en la disyuntiva, a veces, de ser simplemente oriental o ser artista, él opta sin vacilación por lo primero y, así, desmejora una situación en muchas ocasiones para que nos llegue con más nitidez lo que de interés nacional hay en ella. (Ningún estudio honrado de la obra de Acevedo Díaz podrá encararse en el futuro sin que se tenga en cuenta esta peculiaridad.)

Una gran ternura penetrante, que su lectura contagia y hace que su obra deba constituirse en objeto de necesidad pública, surge insistente a lo largo de la producción de Acevedo Díaz. Se ve con rigurosa exactitud histórica, y mejor que en las obras plásticas chicas y grandes que poseemos, cómo era el Montevideo colonial, cómo se vivía en la ciudad y en el campo, cuál el panorama físico y espiritual en el territorio todo. Los usos y costumbres de la Patria Vieja se muestran a lo vivo. La mayoría de las ocasiones, por el procedimiento superior de que hemos hablado y en lo que debe insistirse porque evidencia una de sus grandezas. no aludiendo a las cosas, lo que, a pesar de todo, es difícil de lograr bien, sino consiguiendo que ellas se nos planten delante y se nos revelen por sí mismas en su esencialidad. Para

ser más claro: no contando al lector lo que hay de profundo, de nuevo en algo donde el lector no ha visto nunca nada, sino haciendo que el lector vea directamente, y como por sus propios medios, lo que de nuevo, de profundo existe allí.

También surgen en nítidas estampas las figuras de los grandes jefes. Su penetración histórica genial hace que muchas veces, y en una, sobre todo, pase por encima de los conceptos generalizados en su época o que los contradiga de hecho en muchas circunstancias. Las recientes investigaciones rigurosas de la historia como ciencia condicen hasta lo más íntimo, por fin, a base de documentos irrefutables, con el sentimiento transmitido para siempre desde sus novelas. Así, especialmente, Acevedo Díaz figura entre los primeros reivindicadores de la personalidad de Artigas. El magistral estudio de Pivel Devoto sobre "La leyenda negra artiguista" lo ubica claramente. El le salió a la cruzada a Mitre. El, en 1888 (vigente el texto oficial de historia de Francisco Berra desde 1866 hasta principios de este siglo, donde Artigas es señalado a la juventud como agente de la anarquía, y como funesto para el país), él, en 1888, con ISMAEL fija la verdadera imagen espiritual del protocaudillo, como da allí, en certerísimo dibujo, su imagen física.

Aquella misma penetración le permite ver hasta el fondo en el alma de los indios. Y así transmite a las generaciones su ternura y su piedad por ellos. En todas las escuelas debiera leerse los tranquilos capítulos meramente narrativos que les dedica en NATIVA, en toda conciencia adulta debe alentar ese amor que por ellos surgió, de los primeros, en Acevedo Díaz; por ésos cuya imagen se presenta todavía hoy a los niños como la de fieras o de alimañas abyectas.

La mayoría del pueblo del Uruguay acaba de enterarse, por recientes investigaciones, del carácter conmovedor de la relación de Artigas con los aborígenes y de qué sentimientos era capaz el corazón del indio. Y empieza a comprender, recién ahora, qué crimen sin nombre constituyó la masacre del Queguay, donde se extinguió, con los últimos de ellos, a muchos de los primeros soldados de la revolución, que, también, fueron de los últimos que estuvieron junto a Artigas mientras se operaba el desbande de los civilizados y la calumnia, la felonía y la traición hacían llaga viva en el alma del Precursor. (En la postrer batalla, en la de Tacuarembó, donde Latorre presentó 2.000 hombres, de los cuales 1.400 quedaron en el campo, la mayoría de estos patriotas eran indios.)

También en TABARE, aparecido en 1888 como ISMAEL —y al que asimismo hay que volver a situar en el plano superior del que insensiblemente se ha ido retirando— hallamos el mismo amor y la misma piedad por los antiguos dueños de este suelo. Y sirve de nuevo ejemplo para agregar a otros que hemos dado más arriba, el comparar cómo proceden Zorrilla de San Martín y Acevedo Díaz. Al primero, la condición de su espíritu, confesional por lírico, romántico por escuela, le empuja a decirlo expresamente, y a decirlo poniéndose él delante; él mismo, con toda la elocuencia de su genio y con toda la simpatía que su personalidad, siempre tan puesta de manifiesto en su verbo, provoca legítimamente. En Acevedo Díaz no recordamos una sola frase de expresión directa de cariño por los indios. Pero cuando crea una atmósfera de alta afectividad, allí donde la atención del lector, debido a esa circunstancia, se muestra más ávida y enternecida, él sitúa algún indio.

Por tal razón, nuestra adhesión sentimental, atiéndase bien, que se había hecho tan intensa, proyéctase también sobre éste y lo envuelve.

Acevedo Díaz no nos dice: "Yo lo amo. Amadlo vosotros, también." Simplemente, nos indica al indio dentro de aquellas circunstancias especiales. Y, entonces, lo que nos significa, es: "¡Rechazadlo, ahora, de vuestra alma, si podéis!" Así, en todos los inicios de revolución aparece cierta pluma en la cabeza, cierto "quillapi", señalando la presencia de los aborígenes. En todos, absolutamente en todos menos en uno· en el que se origina en la fiesta que sigue, como retozona retribución de la tarea, a un aparte de ganado. ¿Por qué no allí? ¡Porque no podía haber indios —indolentes y huraños— en aquel momento de trabajo y de fraternidad expansiva!

Veamos por esto lo que es un corazón justiciero, lo que es un artista extraordinario y lo que es una conciencia histórica más que lúcida y más que precisa.

Otro rescate que del olvido colectivo logró para nosotros, es la imagen de la absoluta mayoría de la turba emancipadora. Cuando se nos habla de huestes de Artigas, de ejércitos de Lavalleja, de Oribe, de Rivera, la representación de estas palabras en el alma no es la que corresponde con precisión a aquella verdad, por más que se las adjetive de "pobres", de "miserables", etc. Y no lo es, por eso, la admiración, el agradecimiento, la ternura que nos merecen. Al mismo tiempo, la grandeza de sus conductores no se aprecia en toda su magnitud, por más que a sus nombres les aproximemos también adjetivos. Ya vemos si es imprescindible "verlos" bien, a todos.

Aquí tampoco Acevedo Díaz nos dice ni que los ama ni que los debemos amar. Pero nos pinta con tal

vigor a las masas airadas bajo la opresión, que quedan para siempre en el altar de nuestras devociones íntimas. Y sus jefes adquieren proporciones desmesuradas Cuando el quiere situarnos en el alma a aquellos sublimes desdichados, a aquellos desamparados de la tierra que se ofrecieron para que alguien los guiara hacia el cambio o hacia la muerte (ya sabemos lo que amargamente pasó después con los que quedaron vivos y con sus hijos, por generaciones y generaciones) cuando, repito, quiere hacérnoslo ver, Acevedo Díaz enciende la atención del lector con la sugestión de que se va a asistir a algo trascendente. Y, entonces, como, por ejemplo, en la presentación de la hueste de Olivera, en NATIVA, hace que el lector observe que "casi todos aquellos hombres iban vestidos de andrajos, fuera de los ponchos o de las pieles; chiripáes deshilachados sobre piernas desnudas, botas de potro rotas y enlodadas, espuelas de hierro viejo atadas con "tientos", recados pobres de simple lomillo y carona algunos, un solo estribo de madera y riendas con bocado de "lonja", muy contados eran los que lucían prendas de valor, y entre estos mismos varios carecían de sombrero, más interesados tal vez en aderezar mejor a sus pingos que a sus personas En cambio, cubrían sus cabezas y sujetaban sus largas cabelleras con pañuelos de colores atados por detrás, de modo que colgasen las puntas. No faltaban quienes llevasen el poncho o la piel de carnero sobre las carnes, las piernas al aire, las barbas luengas hasta el pecho y los rulos del cabello por abajo de los hombros. En cuanto a las armas, las hojas de tijeras de esquilar y los clavos cuadrangulares constituían las moharras de la mayor parte de las lanzas de aquellos caballeros errantes. Algunos las llevaban de acero bru-

ñido en forma acanalada, o serpentina con media-luna doble o cuadruple, según la importancia del rejón y la bizarría de sus dueños. La pistola, el trabuco, la tercerola de piedra de chispa, la daga o el facón y el sable corvo complementaban el arreo ofensivo..."

Acevedo Díaz tiene necesidad de que la horda se grabe indeleblemente en el lector porque quiere que el lector se arrodille en los altares de la patria, si es simplemente un oriental, y aprecie además una creacion artística, si es un hombre culto, sea su compatriota o llegue de lejos. Pero la descripción corre el peligro de hacerse extensa. Y él sabe que cuando se reitera demasiado un estímulo la conciencia debilita su capacidad de atención y el efecto se atenúa hasta hacerse borroso. Entonces, no va a abandonar a la turba; lo que hace es cambiar, de golpe y sin detenerse, el procedimiento expresivo. Hasta lo que hemos transcripto ha recurrido a las imágenes visuales. Ahora, sigue a base de imágenes auditivas, y cerrará el cuadro, asimismo, con una soberana comparación, también auditiva: "...produciendo el conjunto en la marcha con las calderas viejas, una que otra olla de cocinar puchero, el roce de las guascas, el trinar de las "lloronas", el ludimiento de las vainas de metal, el resoplido de los redomones, el tascar de las coscojas, y el chapoteo de mil cascos en el suelo barroso un ruido tan singular, siniestro y bravío, que sólo podría compararse con el que hicieran muchas garras en un gran pellejo lleno de viento, clavos y cadenillas de hierro que rodara como una peonza sobre lecho de guijarros".

Adviértase cómo la sonoridad de las palabras utilizadas, con semejante profusión de erres, contribuye a acentuar el poder expresivo de ese período;

y con qué acierto cae, para finalizarlo, la rudeza de la masa sonora "guijarros".

Mas el oído es un sentido menos perfecto y representador que el de la vista. Y la conciencia los resiste menos, se fatiga más pronto, dispersa la atención, si no atamos los sonidos en haces melodiosos que aquí no caben. ¿De qué manera continuar ahora pues? Pues aprovechando que la conciencia del lector ha descansado ya de la recepción de imágenes visuales y puede hacerse cargo nuevamente de otras de esa condición. Entonces, apréciese en seguida el ejemplo, Acevedo Díaz vuelve con imágenes visuales, cautelosas al principio por lo amplio de las pinceladas (ya que quiere facilitar la acomodación) para hacer gradualmente a éstas más pequeñas y cada vez más particularizantes —hasta donde dice "dentadura"—, y extender luego el trazo en el más ancho toque final.

Véase. "Advirtió también Luis María que, en medio de aquellas filas, las razas, variedades o subgéneros estaban todas bien representadas por caracteres típicos, desde el charrúa color de bronce oxidado, y el blanco puro de origen y el negro de tez rayada, hasta el zambo fornido y el cobrizo color de tabaco, de mucho vientre, mejillas mofletudas y manos cortas, de dorso negruzco y palmas de roedor. Y a poco que él fué examinando los detalles, caras pálidas, ojos hermosos u ojillos de coatí, cabelleras negras y doradas junto a greñas bastas y racimillos de saúco, narices perfiladas y trompas con hornallas en vez de fosas, bocas cubiertas por bigotes finos y otras muy anchas con tres pelos por adorno y dentadura de niño, cuerpos delgados y flexibles cuanto eran de macizos y rechonchos los que a su lado se agitaban..."

Si de los tres sectores en que hemos dividido el pasaje prescindiéramos del que va en el centro y leyéramos los otros dos, toda la parte final se iría enturbiando y desvaneciendo debido a la producción de los fenómenos psicológicos que hemos especificado.

NACIÓN Y PAÍS

Tenemos que salvar la mayor extensión posible del pasado para que siga actuante en el presente a fin de ir "formando" la nación. Porque todavía no somos del todo una nación. O lo somos menos que antes, en el mayoritario desdén actual por lo nuestro. No lo seremos bien hasta que se hagan definitivamente ostensibles y actúen decisivas las peculiaridades intrínsecas. Y éstas no se desarrollan cuando nacen recien con un pequeño grupo de individuos; éstas crecen y se imponen gracias a la acción que, como formas del pasado, ejercen con su presencia en el espíritu del póstero. La nacion, peligrosamente, es un estado fluctuante de una colectividad humana. Tiene períodos de debilitamiento y de acentuación. De cada generación depende que ella sea, y el grado de su ser. El individualismo, en el mal sentido de la palabra, en lo que tiene de egoísmo, de aislamiento, de soledad intrínseca, y en lo que tiene, a la vez, de creador de tétricas atmósferas de aislamiento y de soledad, también, entre aquellos que desearían muy distinta cosa, nace en el seno del país debilitado por desconexión de sus habitantes con su pasado personal y con su proyección, que es el pasado colectivo. El niño debe vincularse por sus padres a sus abuelos, a la tradición familiar. En el hogar debe haber la mención constante de los antepasados directos, por

modestos que ellos sean, ya que constituyen los eslabones que se tienden hacia otros de una más sagrada cadena. Es preciso advertir que lo que llamamos engendrar, lo que llamamos gestación, no termina con el alumbramiento. El espíritu obra con mucha lentitud sobre la obstinada materia. El hijo es verdaderamente hijo, ha terminado su gestación recién cuando es hombre maduro, con la madurez de su hombría. A esa edad todavía se siguen haciendo ostensibles nuevos rasgos psicológicos y físicos de sus progenitores. La fusión total de los elementos paternos y maternos, el ligamiento definitivo de los padres, que es el hijo, se consuma bastante tarde. Un niño, un adolescente son, apenas, el huevo. Como en la leyenda popular del quelonio, según la cual éste deposita los huevos en la arena y toma distancia y permanece los días y los días mirandolos sin dejar de mirar, en el hombre los padres siguen empollando con los ojos; con los ojos físicos y los ojos del espíritu Si no, no hay hombre completo, es decir buen hombre, pues. Y los ojos del espíritu miran de manera tan singular por su fijeza, que es preciso que nosotros busquemos su dirección y que pongamos el alma, la atención del alma, delante de ellos, a vivificarnos a la luz de su contemplacion sobre nosotros.

Lo que el individuo, debe hacer cada generación. Levantar en la conciencia la historia de su pueblo, que es dejarla actuar dentro del alma; que es nada menos que destruir el tiempo y presentizarlo todo; que es, en lo terrenal, cumplir el versiculo del Oficio de Tinieblas: "¡Oh, muerte, yo seré tu muerte!"

La triste verdad es que hoy somos menos nación que hace 80 años. Porque se puede perder la nación en pleno ejercicio de la soberanía. Y nosotros cree-

mos que la nación se nos está yendo de entre las manos. País, en el sentido absoluto del término, es territorio. Nación, significa el cumplimiento de ciertas precisas constancias en los nacimientos. País es tierra física. Nación, espíritu enterrado. Es preciso una integración de alma y de tierra para que exista patria, patrimonio; y la nación es, precisamente, su testimonio. Historia nacional no es otra cosa que el haz de signos de esa aproximación de los opuestos; de la tierra y del espíritu. Los países son grandes o pequeños, según sus límites geográficos. Pero a las naciones ya no se las puede medir así. Grecia es más grande que el imperio británico, que Rusia, que los Estados Unidos. Y hubo naciones sin país, naciones des-terradas: la nación judía, ejemplo en tantos sentidos, para tantos. Lo fué en esas condiciones durante 19 siglos. Y no dejó de ser, por eso. Y no lo será más ni mejor hoy que está de nuevo asentada sobre su viejo suelo. Y no lo será más ni mejor porque no necesitó tierra, país, para recordar, para tener presente su pasado. Porque cada hebreo pudo hacer suyas, siempre, las palabras del salmista: "Mi lengua se pegue a mi paladar y mi diestra sea olvidada si no me acordare de ti; si no hiciere subir a Jerusalem en el principio de mi alegría."

Más que nunca necesitamos hoy elementos aglutinantes, factores que consigan, por sobre las diferencias individuales, enérgicos nexos colectivos. Difundir y explicar la obra de Acevedo Díaz tiene ese valor. Y en el más alto grado. Porque muy pocos de los nacidos en este suelo presentan tantos elementos vinculadores, y con tanta grandeza.

FRANCISCO ESPÍNOLA

SOLEDAD

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Nació en la Villa de la Unión el 20 de abril de 1851. Hombre de energía y destacadas dotes intelectuales, participó en actividades muy distintas, como novelista, periodista, político, diplomatico y militar Interrumpió sus estudios de Abogacía para dedicarse a la vida político-militar de la República, desde las filas del Partido Nacional Esto lo obligó a expatriarse varias veces, residiendo en la República Argentina donde se casó y nacieron sus hijos Participó en la revolución blanca de 1870-1872 y en la Revolución Tricolor (1875). En 1897 volvió a tomar las armas cuando el movimiento revolucionario de Aparicio Saravia del cual fue uno de los gestores.

Desde muy joven actuó en el periodismo nacional, publicando sus primeros ensayos históricos en la revista "El Club Universitario" y colaborando en los diarios de la epoca. "La República" (1872), "La Democracia" (1873-74) de la que fué director fugazmente del 9 al 13 de agosto de 1876, "La Razón" (1880) y sobre todo "El Nacional", cuya dirección ocupó a partir del año 1895 hasta la fecha de su expatriación definitiva en 1903

Es elegido senador de la República por el departamento de Maldonado en el año 1899. El año anterior había sido nombrado miembro del Consejo de Estado La sucesión presidencial de 1903 provocó su separacion de la vida política activa del país Junto con varios legisladores de su fracción, desoyendo las directivas partidarias, votó por D José Batlle y Ordóñez, asegurando de este modo su elección como presidente A consecuencia de este acto fué expulsado del partido, renunciando el 23 de abril de 1903 a la dirección de "El Nacional" y alejándose definitivamente del país

El 14 de setiembre de 1903 es nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos, México y Cuba Dedicado a la carrera diplomática representará al país en la Argentina, Brasil, Italia y Suiza, Austria-Hungría, radicándose definitivamente en Buenos Aires donde murió el 18 de junio de 1921.

Sus principales obras son las siguientes. "Brenda" (Buenos Aires, 1884); "Epocas militares de los países del Plata" (Buenos Aires, 1911), "Grito de Gloria" (La Plata, 1893); "Ismael" (Buenos Aires, 1888). "Lanza y sable" (Montevideo, 1914), "Minés" (Buenos Aires, 1907); "El mito del Plata" (Buenos Aires, 1916), "Nativa" (Montevideo, 1890)

Su novela "Soledad" se publica ahora en tercera edición, siendo las anteriores Montevideo, A Barreiro y Ramos, 1894; Montevideo, Claudio García, 1931 Esta ultima incorpora el relato "El combate de la tapera", que no fuera recogido en libro por el autor Hay además traducción italiana de "Soledad", publicada en Roma, en 1909.

I

En la quebrada de una sierra, pequeño, hendido, deforme, a modo de nido de hornero que el viento ha cubierto de secas y descoloridas pajas bravas, se veía un rancho miserable que a lo lejos podía confundirse también con una gran covacha de vizcachones o de zorros por lo chato y negruzco, mal orientado y contrahecho.

De techo de totoras ya trabajadas por eternas lluvias, y paredes embostadas en las que el tiempo había abierto hondas grietas, este rancho, a pesar de su edad, sin duda provecta, más era la vivienda de una hora de gaucho pobre y vagabundo que asilo sedentario de familia humilde y laboriosa.

Y a fe que bien debiera inferirse esto por el aspecto, a ojo de pájaro; porque en rigor aunque habitado, este refugio antes se asemejaba a tapera que a casa, perdida entre las toscas y breñas de los estribaderos y como colgante sobre la profunda cuenca de un arroyo que en el bajo corría en serpentina orillado de árboles espinosos.

En este nido de ave de monte y en ese calvario fecundo en rosetas erizadas y víboras de la cruz, moraba solo desde algún tiempo Pablo Luna; mozo de pocas relaciones en el pago, sin oficio conocido,

y por lo mismo un tanto misterioso en su género de vida.

Solo como un hongo de esos que crecen en un estero de chilcas y abrojales, Pablo Luna, según era fama, tenía sin embargo, una compañera a quien hacía hablar un idioma de armonías, convirtiéndose en sus manos en zorzal por la variedad y el timbre singular de los sones que de ella arrancaba en las tardes silenciosas; y esa compañera era la «requintada» guitarra, «la mejor amiga de los tristes, cuyas mismas alegrías son siempre anuncios de algún pesar».

Cuando de él se hablaba en el pago, en los coloquios de la «yerra» o después de la pesada faena de la «trasquila», decíase que era un hombre más alto que mediano, delgado, con cintura de mujer, una barba corta y rala tirando a pelinegro, el rostro moreno un poco encendido, los ojos azules como piedra de pizarra, larga y en rulos la cabellera abierta al medio; cejas de alas de golondrina, la oreja tan chica como el reborde de un caracol rosado y las manos un poco largas y velludas.

Añadíase una seña particular: la de un párpado algo caído, lo que daba a sus ojos una expresión vaga y somnolienta.

Este mozo no debía tener más de veinticinco años, a juzgar por la pinta.

En los días festivos solía vérsele pasar de largo por las poblaciones, vestido de chiripá y botas nuevas, un sombrero de alas cortas negro y sin «barbijo», un ponchito terciado en el crucero, ceñida al tronco una camiseta de lanilla y a la cintura un «tirador» de piel de puma con botonadura de medias onzas españolas.

Llevaba la guitarra en la mano izquierda, apoyada por su base en el costado, a manera de tercerola; y una daga de mango de plata al dorso bajo el «tirador», al alcance de su diestra con sólo volver el antebrazo, cual objeto que nunca deja de acariciarse aunque sea por entretenimiento.

Gastaba muy largas y siempre limpias aunque de un color del ámbar por el uso del cigarro, las uñas del anular y del meñique, y ensartado en éste un anillo de plata sencillo, grueso como aro de cabestro.

Habíase observado que el cuidado especial del cabello, no impedía que una guedeja le cayese de continuo sobre la mejilla y le envelase el ojo, como «una guía de sus pensamientos»; aun cuando no faltara quien diese por causa del desgreño en esa forma, al párpado en semipliegue. Ese rulo bien podía servir de celaje gracioso al desperfecto.

Se conocía más a Pablo Luna por su afición a la guitarra que por los hechos ordinarios de la vida de campo. Había empezado él por calarse por el oído a favor de su habilidad para tañer y cantar, antes que por actos de valentía y de fuerza.

No por esto se crea que Luna se prodigaba o hiciese partícipes a los demás de sus gustos y deleites cuasi artísticos; muy al contrario, era tal vez un fiel remedo de ese pájaro cantor de nuestros bosques que alza sus ecos en lo más intrincado cuando otras aves guardan silencio y no interrumpen aleteos y rumores importunos el solemne paisaje de las soledades.

II

Con todo, en ocasiones diversas y a ciertas horas, al pasar por el valle junto a los estribos de la sierra, muchos eran los que habían sentido los acordes de una guitarra templada de tal manera que ora sus ecos parecían voces sonoras de una campana de vidrio fino con lengua de acero, ora silbos bajos y plañideros de calandria que se aduerme, o ya ruidosos acordes de prima y de bordona con acompañamiento de roncos golpes en la caja como en una serenata de brujas.

Otras veces, era un canto dulce y melancólico el que se oía; sonidos suaves y vibrantes de corcho que roza los rebordes de un cristal, como se afirma que son los de la avispa solitaria, la *cantora de los bosques.*

Estas misteriosas melodías, herían el silencio en las noches apacibles, cuando sólo estridulaban élitros en el fondo del valle y embalsamaba los bajos el nativo aroma del arrayán y el chirimoyo.

Bastaban estas notas de música escuchada a lo lejos, al cruzar por lo hondo del llano al romper el alba o al cerrar la noche, para que los que la gozaran deteniendo el paso a sus caballos llevasen en sus oídos una impresión grata y durable, que luego no acertaban ellos a definir sino con muestras de singular sorpresa y viva curiosidad.

El «gaucho-trova», como le llamaban al referirse a su persona, debía sin duda haberse criado pulsando instrumentos y aprendiendo en la espesura el modular de los pájaros, porque a veces seguía el ritmo con el canto o el silbido de modo que no se supiera distinguir entre los sones y los ecos, si era

guitarra o era flauta la que gemía, si era un hombre el que lanzaba trinos o era un «boyero» el que confundía sus armónicos concentos con el vibrar de las cuerdas.

A parte de esto, su cualidad sobresaliente entre las pocas que se le conocían o se le atribuían con razón o sin ella, comentábanse con frecuencia dos episodios — acaso los unicos en que Pablo Luna había figurado de paso, y por accidente, al regresar a su escondrijo tras algunos días de vida errante.

Narrábase así, el primero

En una noche oscura se buscaba en el llano por gente que venía con hambre de muchas horas, una res de peso y gordura arriba que bastase al destacamento; y entre tinieblas como fantasmas, los jinetes iban y volvían al tanteo sin acertar con el vacuno, hasta que el «gaucho-trova» que enderezaba casualmente a su madriguera, conocedor del intento por su olfato fino y su vista de lechuza, avanzó al tranco por mitad del valle, hizo levantar una punta que dormía entre las hierbas, puso el oído al rumor de las reses y costaleando a una con palmada suave, gritó firme a un soldado:

—Corte el garrón a ésa, que no ha de apagar el fuego.

En seguida se perdió en las sombras.

Así que rayó la mañana mataron la res, y resultó la mejor.

En cuanto al segundo episodio, contábase de este modo:

El peonaje de la estancia traía una tarde acosado a un «matrero», quien ya rendido su caballo, se apeó junto al monte para guarecerse en la espesura; pero, con mala suerte, porque enredado en las ma-

lezas con las espuelas, vínose de boca quedando a merced de los perseguidores.

Hacía esfuerzos por desatarse aquellos grillos, teniendo tan cerca el escondite y con él la salvación; y ya el cuchillo de un mozo diestro para desnucarlo de a caballo de un solo tajo de revés iba a caer sobre su cuello, cuando apareciendo de súbito en el matorral cercano Pablo Luna sacudió en el aire por encima de la cabeza la guitarra que traía en la diestra, y gritó tan fuerte como un alarido:

—Deje amigo que viva otro invierno, que el hombre no es menos que la lumbriz!

El mozo detuvo el brazo sorprendido, con el cuchillo en alto.

Las espuelas del «matrero» zafaron en tanto llevándose dos manojos de hierbas, y éste se escurrió por entre las breñas a modo de lagarto acosado por las avispas.

Al propio tiempo que él, el «gaucho-trova» desapareció.

III

Si bien retraído y arisco, solía vérsele a Pablo Luna en determinadas horas, del día o de la noche, junto al barranco de la Bruja, que se encontraba en las proximidades de la estancia llamada de Montiel.

En ese sitio casi selvático, echaba pie a tierra y se paseaba silbando un aire triste.

Coincidiendo con su venida al pago había ocurrido en aquellos parajes un suceso dramático, en que el mozo se interesó luego que lo supo de una manera extraña y pertinaz.

Era esa lúgubre historia la siguiente:

A la estancia de don Manduca Pintos, situada de allí seis leguas, llegóse un día una mujer vieja pidiendo conchavo y la aceptaron para las tareas de cocina.

Era una pobre paisana de cerebro encallecido que en sus ratos de ocio hacía de «médica» administrando yerbas milagrosas, poniendo los trapitos a la luna o conjurando duendes benignos.

Decíase que curaba a los reumáticos haciéndoles «cambiar la pisada», o sea volver el pie sobre las huellas; y a los enfermos de la vista, no con yenda de lagarto, sino echándoles «tierritas».

Servía también de veterinaria. A los animales yeguares que «se agusanaban», les volvía la salud atándoles una guasca de cuero fresco al pescuezo. A los que padecían de mal de oídos, tanto cuadrúpedos como bípedos, aplicábales el pellejo de la víbora.

Esta infeliz vieja de nombre Rudecinda, hablaba siempre de no haber tenido más que un solo hijo, el cual ya mozo, habíase visto en el caso de irse de su rancho acosado por la miseria y por las persecuciones injustas de la autoridad.

De ese hijo nunca supo desde el día de su fuga. Era un mocetón un tanto mimoso, guitarrero, cantor, de buena alma, sin otro vicio que el de no tomarse mucha pena por el trabajo. Acaso había muerto.

Rudecinda *la bruja,* como la apellidaban, llevaba algunos meses de residencia en la estancia de Pintos; pero en cierta época sus manías llegaron a acentuarse y la despidieron al fin sin lástimas, como a ente dañino.

La vieja se alejó del que había sido su refugio, mísera, loca y errante.

Por algún tiempo vagó en las cercanías, alimentándose de raices y despojos. Después, como le arrojasen los mastines para desalojarla de su guarida en los matorrales, Rudecinda se fué de allí.

A los pocos días hizo sentir su presencia en el campo de don Brígido Montiel, camarada de don Manduca.

Se albergaba en el monte, quién sabe en qué oscura madriguera en sociedad con las alimañas.

Durante las tardes nubladas o en las noches de luna, se le vió más de una vez atravesar el vallecito con un atado de restos o piltrafas; o salir del fondo del barranco con grandes puñados de yerbas y flores salvajes.

Al percibirla andrajosa, desgreñada, con los ojos fuera de las órbitas, oprimiendo entre sus manos contra el pecho cosas misteriosas, los paisanos se alejaban mirando para atrás y diciendo entre medrosos y burlones: ¡cruz diablo!

Una tarde don Manduca Pintos que venía al galope en dirección a las casas, la vio alzarse fatídica del barranco a modo de un espectro.

Ella hizo un gesto de máscara y le arrojó por delante un gran puñado de yerbas extrañas.

El caballo dió una espantada, y el jinete dijo colérico:

—¡Afora mandinga!

La vieja lanzó una ronca carcajada y volvió a esconderse entre las breñas.

Algunos días después, al comenzar de una noche de luna, aquella pobre mujer envuelta a medias en sus harapos, lodosa, derrengada, sueltas las greñas y desnuda la planta, más que andando arrastrándose, se había puesto a disputar junto al barranco la carne

de una oveja destrozada a una banda de perros cimarrones.

Se atrevió a golpearlos con los puños dando gritos espantosos. Entonces los perros enfurecidos en defensa de sus despojos la mordieron, la arrastraron triturándola con sus colmillos, saltaron sobre ella en tumulto e hiciéronla jirones precipitando al fin su cuerpo miserable al fondo del barranco

Alguno que en los contornos vagaba, alcanzó a percibir los aullidos de la bruja confundidos con los de sus verdugos, y vínose al rumor de la pelea.

El que avanzaba al trote, como venteando una presa, o guiado por el instinto de gaucho errante, era Pablo Luna.

Algunos perros continuaban su festín Habían reducido casi a esqueleto la oveja; pero aun quedaban los cuartos que todos a una querían devorar formando estrecho círculo con sus hocicos ensangrentados. En sus ansias famélicas no prestaron atención al jinete.

El «gaucho-trova» que desde lejos venía observando atento el cuadro, dirigió una mirada súbitamente al barranco ante una sacudida brusca de su caballo; y pudo ver sobre las breñas, casi colgante, el cuerpo de una mujer larga, escuálida, llena de guiñapos sobre la que derramaba la luna su blanca claridad.

Pablo no tuvo miedo, y desmontó veloz

Acercóse al sitio e inclinóse de modo que su rostro quedase casi rozando el de aquel cuerpo que yacía rígido con los ojos abiertos y el seno desgarrado.

Y contemplándolo estuvo algunos segundos. De pronto todo él se estremeció y sacudió como un

junco, y de su garganta escapó un sollozo intenso, indefinible, hondamente desolado.

Los cimarrones gruñeron. Dos de ellos se aproximaron al paraje a grandes saltos, aún no satisfechos al parecer con las terribles dentelladas con que cribaran el cuerpo de la bruja.

El profundo sollozo de Pablo los impulsó al ensañamiento. Era acaso un gemido del enemigo derribado en la lúgubre pelea.

El «gaucho-trova», que se había reincorporado desencajado y siniestro, dió un brinco enorme seguido de un grito gutural, y descargando su brazo con ímpetu rabioso partió a uno de los perros el corazón de una puñalada. Verdaderas fieras, los cimarrones cayeron sobre él como una avalancha.

Pero la daga terrible entraba y salía rápida en sus cuerpos que se desplomaban de lomos, entre estertores· con el vichará enrollado al brazo izquierdo, Luna provocaba furibundo los hocicos, en tanto su diestra repartía golpes de muerte.

La lucha, sin embargo, fué de cortos instantes. Lucha rabiosa, sin cuartel.

Los perros cimarrones optaron por la fuga y traspasaron a escape el barranco rompiendo las malezas, y dejando tendidos tres de la banda.

Pablo siempre ceñudo observó que dos de éstos se revolvían en el suelo, y abalanzándose implacable, sentóles por turno su bota de potro en la paleta, y fuéles degollando con infernal deleite.

Al ver soltar a chorros la sangre de los cuellos, caliente, humeante, empapando los pastos, sus manos y sus botas, pareció sentir un consuelo.

Limpió el acero en los pelares de los perros,

y luego en los tréboles hasta volverle el lustre. Resolló con fuerza y pasóse la manga por los ojos.

Su caballo asustado se había alejado de allí un trecho.

Él lo trajo y lo acarició.

En seguida se apoyó en el borde del barranco, cogió el cuerpo de la bruja en sus dos brazos y cargó con él. Antes de cruzarlo en el recado, miró otra vez el semblante de la muerta, y lo besó sin ruido.

Alzóse en seguida con su carga, que atravesó en el caballo con cuidado, y saltando él en la parte libre de los lomos, volvió grupas, dirigiéndose a la orilla del monte.

Era aquélla una noche de profusos resplandores. La loma, el valle, las copas de los árboles aparecían bañados de una luz blanca y pura.

Junto al monte se dibujaba una línea sombría. El «gaucho-trova» la siguió largos momentos como abismado. El caballo solía detenerse no sintiendo el rigor de la rienda; hasta que al grito de algún buho quieto en las ramas el jinete acercaba a los ijares las espuelas, continuando su marcha silenciosa.

Por fin entróse a un potril oscuro.

Desmontó, y bajó el cuerpo mutilado.

En ese sitio la tierra estaba blanda por la humedad del ribazo. El arroyo corría por un cauce estrecho bordado por retorcidos troncos y espesos canceles de viváceas profusas. Un rayo de luna como larga flecha de plata hendía la espesura y formaba en las aguas mansas un ojo de luz.

Pablo acomodó el cadáver junto a un árbol.

Aquella mujer más envejecida acaso por el duro y constante sufrimiento que por los años, aniquilada,

escuálida, con los ojos fuera de las órbitas y la piel sobre los huesos, ahora rígida, muerta a colmillo por los perros, bañada en sangre, revolcada por el polvo y el barro, apenas cubierta con desechos de tela incolora, era para él un objeto de muda y dolorosa contemplación.

En el semblante desencajado del gaucho había como un surco de pena intensa.

De vez en cuando cogía la mano flaca y rugosa de la muerta, la miraba fijamente, la acercaba a sus labios temblorosos y la dejaba caer de súbito apenas sentía su frialdad horrible. Algo como una voz solemne que venía del fondo de su alma sin vuelos, a modo de eco lejano de apagadas memorias, parecía decirle que él era carne de su carne, que en aquel pecho mísero y enjuto él había mamado y que aquella mano seca y hoyosa que exhibía crispados los dedos y rotas las uñas, le había dirigido y preservádole de los peligros en la edad en que el hombre se arrastra y grita sin poder ponerse de pie como los demás animales del campo. Debía ser sí, sangre de su sangre, porque al mirar la vieja, andrajosa y destrozada sentía hincársele en el pecho, dura y punzadora una espina de la cruz, que sólo la pobre bruja hubiese sido dado arrancar de la herida que no sangraba, pero que hacía gemir la entraña con inaudita violencia

A intervalos exhalaba una nota ronca sin lágrimas ni contracciones, breve, espontánea, asustadora en el silencio y la soledad del sitio, muy semejante al resoplido sordo de un toro enfermo.

Daba vueltas despacio, observando el sangriento despojo atentamente, de hito en hito; y luego se quedaba pensativo con la vista en el ramaje oscuro largos momentos.

Volvíase de pronto, cogía entre sus dos manos puesto en cuclillas la desmelenada cabeza de la bruja, e insistía en observarla en todos sus detalles como fascinado tétricamente por el horror de aquella máscara de endriago. Una vez llegó a arrastrarla inconsciente hasta un cuadro de luz plateada, que la alumbró de lleno.

Recién se le ocurrió a Pablo cerrarle los ojos y la boca. Bajóle con los dedos los párpados, pero éstos no se plegaron ya helados y endurecidos. Tentó cerrarle la boca, y las mandíbulas volvieron a caerse. Entonces Luna ajustólas con una tira en forma de barboquejo, cuyos extremos ciñó en el cráneo. En seguida le arregló el cabello, echándoselo sobre el seno, estiróle los fragmentos de ropas a lo largo del cuerpo que rodeó con tiras para sujetarlos, y por último se sentó a su lado poniéndose a picar tabaco con suma lentitud, cabizbajo, aplomado por el peso de sus violentas tribulaciones.

Pasada media hora se levantó del sitio.

Allí cerca del ribazo había un grupo de regulares guayabos muy próximos unos de otros, con grandes ahorcaduras.

Pablo arrastró del monte dos troncos gruesos ya secos, cortóles las ramitas duras y los retaceó con golpes de daga. Luego envolvió bien el cadáver en dos jergones que sacó de su recado, atándolos con una guasca peluda de las que llevaba colgadas a grupas; puso en seguida a la muerta sobre los dos troncos, y ciñólo todo fuertemente con otras tiras de cuero sin sobar, en forma de lío. La bruja no pesaba más que una momia.

Concluída la fúnebre tarea, Luna cargó con el bulto y encaminóse a la isleta de guayabos.

Apoyó el lío en uno de los troncos, y descalzóse las espuelas.

En seguida trepóse con pies y rodillas al árbol, montóse a una rama gruesa que cedió en parte a su peso, cogió por el extremo superior aquel extraño ataúd, lo levantó con algún esfuerzo hasta descansarlo en una horqueta de modo que se mantuviese en equilibrio; y por último, descendiendo de la rama, empujó desde el suelo con su cabeza y manos el lío hasta encajar la extremidad inferior en otra ahorcadura del árbol más cercano. Como complemento de su triste labor, aseguró también con recias lazadas las cabeceras a los árboles, a fin de que el viento no derribara el armazón.

Después, recogiendo sus espuelas de hierro, volvióse lentamente al potril, tiróse al suelo y se puso a llorar.

Pasado ese momento de dolor, murmuró boca abajo:

—¡Quien juera brujo de a deveras por mi madre!

Sintió un leve aleteo como de alas de felpa entre el ramaje.

Levantó entonces la cabeza, y miró.

Dos ojos fosforescentes le observaban fijos, inmóviles, desde el fondo de la isleta, y a poco un chillido estridente turbó la soledad.

Era un ñacurutú que se había posado junto al cadáver, muy recogido en sí mismo, tiesas sus grandes orejas de plumas; sombría, misteriosa imagen de la vida errabunda, tétrico compañero de las horas sin paz ni luz.

IV

En el valle, y distante del rancho de Pablo Luna una milla, se encontraba la población principal o tronco de la estancia de don Brígido Montiel.

Era este un hombre rudo, bajo de cuerpo, cara ancha, espaldas cuadradas y manos enormes.

Asemejábanse sus ralas patillas en semicírculo de uno a otro maxilar inferior, a los pelos desiguales y cerdosos que cubren las mandíbulas del tigre; la parte carnuda de la oreja, gruesa y salida hacia afuera; las cejas muy pobladas y revueltas; la boca grande, con buena dentadura, la barba corta y un cuello de toro, completaban los rasgos mas notables de este cimarrón, amo de ganados y señor de «lazo» y cuchillo de la comarca.

Su genio díscolo le había enajenado toda simpatía. Aún encariñando, cosa que ocurría rara vez, lastimaba, pareciéndose en esto al gato. Si bien los hombres que lo servían eran como él montaraces, pocos lo igualaban en crudeza de instintos y en maneras cerriles. Siempre pecaba por exceso para mandar o malquerer. Se le servía por la paga, en que era estricto, y por *Solita* que era un encanto; pero desgraciado del peón que incurriera en sus enojos o animosidades! Ése no tenía allí trabajo, ni hospitalidad. Decía Montiel con frecuencia, que el gaucho era hijo del rigor, y que por lo mismo una cara de perro le hacía mejor efecto que una buena conseja.

Graciosa y provocativa era su hija Soledad, tipo de hermosura criolla escondido entre aquellas breñas; y a quien destinaba don Brígido para mujer de un brasileño rico que tenía su campo y ganados a pocas leguas de allí.

Soledad, de dieciocho años, de un moreno sonrosado, ojos grandes y negros, formas llanas y redondas y unas trenzas tan enormes que le pasaban de la cintura, constituía el punto de mira y de atracción de todos los mozos del pago.

Fruta incitante, sazonada a la sombra de los «ceibos», o flor de carne que los mismos «ceibos» envidiaran para su copa altiva, el prestigio fascinador de esta mujer había encelado todos los sensualismos y como incrustado su imagen en cada corazón selvático, de modo que por el sitio rondaban y a él volvían los más soberbios y rebeldes al yugo de Montiel, callándolo todo, hasta el instinto vengativo, en obsequio a la esperanza de merecer la gracia femenina.

Quien creía haber obtenido de ella una frase halagadora; quien una sonrisa expresiva; quien un gesto de interés; el más «ladino», un saludo de aprecio; el menos conversador, una mirada a escondidas; el mejor cantor, un suspiro; el jinete más guapo, un aplauso; el guitarrista de más gusto, una atención profunda; el mayor «quiebra», una gran risa; hasta el matarife de diario soñaba en que su habilidad para degollar ovejas predisponía a su favor la moza.

Todo el fervor varonil del pago se concentraba en ella. Donde quiera se agitase su «pollera» corta, los pastos echaban flores; planta que ella tocase, alcanzaba virtud de milagro; rosa de cerco que se pusiera en el pecho, creaba aroma; caballo que montase, se ponía piafador y querendón.

El hecho es que Soledad no parecía preocuparse ni mucho ni poco de todo lo que la rodeaba; y que su mismo compromiso con don Manduca Pintos, el brasileño hacendado, no le quitaba el sueño.

Dejaba hacer y decir sin importársele las consecuencias, a juzgar por su aire displicente, tranquilo, de mujer sin penas ni devaneos.

Hacía su gusto con libertad; galopaba en buenos «pingos»; bailaba algunas veces; la faena doméstica no la absorbía mucho; de costura había aprendido poco; de instrucción moral ni el «padre nuestro», no sabía qué era oficio; pero en cambio era diestra en hallar nidadas de avestruz o de gallina, en echar cluecas, escoger «choclos» granados, bajar higos «chumbos», y hacer el puchero.

Y no era sólo el puchero. Don Brígido solía decir que nadie como ella condimentaba guisos de ternera, y especialmente ciertas partes glandulosas del toro, a cuyo manjar la joven se había aficionado desde niña, y que a la vez era de la predilección de don Manduca.

V

Cierta tarde Soledad caminaba por las cercanías de la huerta, cuando acertó a pasar por allí, montado en su alazán y al trote corto, Pablo Luna.

Ella no lo conocía mas que de nombre; y de su habilidad para el canto y la guitarra, había también oído muchos elogios.

Eso, unido a la sombra de misterio que rodeaba su vida errante, aumentó su curiosidad en momento inesperado, viéndolo cruzar a pocos pasos de ella.

Este mismo pasaje de Pablo Luna era un suceso raro, pues casi nunca se le veía tan próximo a las «casas».

Soledad lo observó con la cabeza baja y las

pupilas fijas, un poco de soslayo, torcida, inmóvil; él la miró con aire melancólico, de una manera vaga y fría.

Llevaba su guitarra apoyada en la cadera, el sombrero hacia atrás, flotantes al dorso los rizos negros, muy pálido el rostro, pero lleno de una expresión resignada.

Balbuceó al pasar las «buenas tardes» y llevó la mano al ala del sombrero.

Soledad apenas movió la cabeza; y cuando él se hubo alejado, púsose a mirarlo sin disimulo por detrás, con un gesto de suspensión y de extrañeza.

Y mirándolo siguió, hasta que Pablo llegó a ocultarse en un gran matorral cercano al monte.

Tuvo en cuenta que no había vuelto ni una vez la vista, siendo así que eran muchos los que se hacían todo ojos por ella.

¡Qué mozo idioso!...

¡Pero qué linda estampa! Pocos se le parecían.

Ocurriósele recién entonces pensar que don Manduca, su prometido, era un hombre barrigón con las piernas «cambadas», el semblante verdi-negro, la barba de chivo y el cabello ya canoso.

Su comparación con el «gaucho-trova» la dejó un poco inquieta; fué un paralelo a vuelo de pájaro, con esa vivacidad propia de una mujer joven de sangre rica y generosa en quien un incidente cualquiera hiere el instinto oculto y lo pone en acción inmediata.

Ante aquel hombre apuesto y bizarro, aquellos bucles airosos, aquella juventud atrevida que se confiaba en la vida errante a sus propias fuerzas, y aquel ceño de cantor triste, aquel modo de ser resig-

nado que se trasparentaba en sus ojos, por fuerza tuvo ella que comparar...

En presencia de muchos otros hombres, no se le había ocurrido, sin embargo, someter a don Manduca a la prueba de comparación.

Ahora se le ocurría, como si despertaran de súbito y por primera vez sus sentidos y experimentase una impresión ruda y singular.

¿Por qué ella no había puesto antes en línea a Pintos con los otros, y lo ponía en ese momento junto a Pablo Luna para deducir una diferencia?

No se ocupó de averiguar la causa.

De lo que sabía darse razón, era que don Manduca se pasaba de maduro, y el otro de guapo y tentador.

¡Pero este Pablo Luna tan desdeñoso y huraño!...

Y pensando así, Soledad torció el labio con aire irónico.

Después hizo un mohín de altanería, sacudió el vestido en una voltereta brusca, y mirando por última vez al sitio en que desapareciera el «gaucho-trova», se fué a paso lento hacia las «casas».

De vez en cuando observábase a ella misma por delante y por detrás, volviendo cuanto podía la cabeza con ciertos barruntos de amor propio herido.

En verdad iba un poco encrespada, sin atinar en la causa de su enfado repentino.

¿Acaso sabía lo que era *querer?*

Nunca había sentido afecto por ningún hombre, fuera del que a su padre tenía, a pesar de la grosera manera con que éste manifestaba siempre su cariño aun tratándose de su hija.

Encontrábase pues, hermosa, lozana, robusta, llena de anhelos y de fuerzas juveniles, en condiciones de experimentar a la menor ocasión un cambio violento en su vida monótona.

Hasta ese instante había sido ella el imán de muchas voluntades, el punto céntrico en que coincidían todas las ansiedades secretas de los que se movían a su lado.

A su vez ¿no le tocaría el turno de ser subyugada?

O por lo menos ¿no encadenaría con sus encantos a otros de existencia vagabunda como aquél que acababa de pasar por delante de sus ojos, indiferente, como aburrido de un mundo que parecía reducirse para él a la soledad del valle y de los cerros, sin más dichas y consuelos que el canto de los pájaros salvajes, la sombra de los bosques, la luz del sol esplendoroso, los tañidos plañideros de la guitarra, y acaso las memorias de la primera mocedad desgraciada?

Preocupóse del «gaucho-trova». No era igual a los otros...

¿Por qué no se habría vuelto a mirarla antes de esconderse arisco en las quebradas?

¿Sería que ella no tenía interés alguno para él, que las gracias con que los demás la adornaban, no las veía Pablo; ni su cara era tan linda como decían; ni sus ojos valían lo que dos «linternas» de las que vuelan por la noche alumbrándose el camino?

Es verdad que los de él eran muy simpáticos, azules como la flor del cardo recien abierta, aunque uno parecía algo «guiñador» con sus crespas pestañas temblonas.

El viejo Montiel, su padre, decía que ése era «ojo de taimado», de «matrero» que «bichea» desde que el sol nace hasta que se pone. Pero a ella no le parecía así, don Brígido le tenía mucha inquina a Pablo, porque según él, vivía de sus ovejas y de sus vaquillonas, sin que nunca hubiese podido sorprenderlo en una carneada.

Esa mala voluntad de su padre era la causa de que el pobre andariego no hallara allí trabajo y pasase de largo por delante de la población las raras veces que escogía ese camino.

Don Brígido lo había maltratado de palabra en distintas ocasiones al encontrarse con él en el campo o en la «ramada», a donde Luna acudiera cierto día en busca de alguna ocupación a jornal. Esa vez lo echó con amenazas terribles. Pablo se había ido callado como un muerto.

Se acordaba ella ahora de todo esto, que había oído contar a los peones de la estancia.

Y al acordarse de pronto, como suele uno hacerlo sobre un hecho a que en su oportunidad no dió importancia alguna, empezó a creer que acaso aquella animosidad no fuese justa, dado que el «gaucho-trova» parecía de buena laya, manso y humilde. ¿No lo eran ciertos pumas aunque se comieran las ovejas?

Por lo demás, había oído de Pablo algunas cosas que lo hacían aparecer guapo y generoso, aunque lleno siempre de misterios.

Algunos decían que en lo intrincado de la sierra escondida entre inmensos peñascos y espesuras había una gruta donde el «gaucho-trova» echaba sus siestas tranquilas, mientras en las cumbres de los cerros solitarios prorrumpían en gritos las águilas, y en los

valles hondos roncaba el tigre. Que en esa cueva desconocida, se estaba las horas, y que al bajar el sol salía al paso de su caballo para hundirse en la maraña.

Siempre con la guitarra a la espalda o en su diestra, no la pulsaba para los hombres, y allá en la soledad la hacía trinar para jolgorio de los seres montaraces.

Añadíase que a sus sones bajaban los pájaros de rama en rama apiñándose en la pradera; y que una vez una bandada de cuervos de cabeza calva, también por oírle, se estuvo quieta en las piedras de un barranco a pocos pasos del tañedor.

Cuando él acabó de tocar y de cantar, los cuervos se alzaron como una nube negra y se cernieron bajo, sobre su cabeza, lanzando en coro sus fúnebres graznidos.

Otras cosas se añadían que sólo había visto un matrero por casualidad, escondido en los juncales cercanos al arroyo. Eran episodios dramáticos de un colorido intenso y bravío.

Pero entre ellos, resaltaba uno que hablaba con elocuencia al sentimiento y denunciaba una energía poco común en el esfuerzo.

El arroyo había salido de cauce por el exceso de las lluvias, gruesas corrientes habían bajado de los cerros abultando el caudal, y las aguas rebasando el borde de las barrancas se habían extendido por el monte hasta inundar en parte el llano.

Los troncos de los árboles, de poca elevación en su conjunto, aparecían sumergidos en más de un tercio, de modo que las ramas tocaban por sus extremos la superficie. Una serie de copas verdes formaba festón al abismo, caracoleando y perdiéndose a

trechos en los recodos de la sierra. Esta cueva extensa de vegetación indígena, monótona y uniforme, era interrumpida acá y acullá por palmeras solitarias que se alzaban sobre la muchedumbre de especies, airosas y esbeltas como sombrillas de lanceolados flecos.

Toda huella de vado habíase borrado para un ojo poco experto.

Allí donde en realidad estaba, el agua aparecía como un remanso de peligrosa hondura. ¿Quién podía atreverse a pasarlo cuando venía con su mayor fuerza la corriente?

Los más altos duraznillos de la orilla habían desaparecido bajo las aguas. Tambien las espadañas y cortaderas que únicamente elevaban las puntas de sus blancos penachos cónicos una pulgada del nivel de la creciente.

Dando gritos extraños, el capivara se deslizaba nadando por sitios que antes fueron tierra firme, y numerosas bandadas de grandes patos y cisnes cubrían las abras del monte que pocos días atrás eran feraces praderas. El agua en masa enorme rodaba silenciosa haciendo en ciertos puntos pequeños remolinos, y levantando en otras burbujas y espumas en círculos concéntricos. Por el medio de la canal viajaban dando volteretas pedazos de troncos y gajos ramosos que precipitaban su marcha al acercarse a una pendiente, y luego, como tren veloz, al revolverse en un bajo sembrado de grandes piedras, que constituían un salto en época normal, y que ahora hacían girar vertiginosas en cinco o seis remolinos las aguas, sin descubrir una sola de sus cúspides agudas.

Algún fragmento de cuero seco, de lana con abrojos, de juncos y de totoras arrancados con parte del terrón de las orillas, hacían compañía a la broza, siguiendo el derrotero a manera de tropa en dispersión a quien el pánico empuja y precipita. En una como abierta tenaza que formaba el vado, los manojos de raíces y las ramas destrozadas se habían aglomerado junto a los árboles, de cuyas horcaduras caían largos mechones verdes de parásitas allí depositadas por la creciente. Aquel manto de desechos parecía de lejos dura costra, pues allí el agua estaba quieta. Más atrás veíanse los peñascos de la sierra.

Según narró el matrero, en estas circunstancias y siendo medio día, cayó al vado un jinete que se detuvo a observar el sitio con algún recelo.

Este hombre era de su pelaje, según coligió. Apenas traía una jerga su caballo, y lazo al pescuezo. El jinete un pañuelo atado en forma de vincha en la frente, «boleadoras» y daga a la cintura.

Como viese que vacilaba, hubo de advertirle que la corriente tragaba hombres y que no se echase al vado; pero, la presencia de otro jinete que a poco surgió del llano, lo obligó a permanecer oculto y en silencio.

Este nuevo vagabundo que caía al vado, era Pablo Luna, con su aire uraño y sombrío, y su guitarra a los «tientos».

El matrero de la vincha se azotó al agua cogido de las crines con su derecha, y nadando con el brazo libre a la par de su bayo.

Hasta el centro del arroyo convertido en ancho río, flotaron bien; pero ya en la canal correntosa fueron insensiblemente arrastrados lejos del paso a pesar de obluctar hombre y bestia vigorosamente.

Los esfuerzos eran impotentes. No se cortaba en dos empujes el curso violento.

Comprendiendo esto el matrero, se sentó en los lomos intentando gobernar y desviarse. El bayo, aunque fuerte, levantóse dos veces de manos golpeando las aguas, sin ceder a la rienda.

El descenso seguía y el salto estaba próximo; sentíase sordo el ruido del borbollón. El caballo bufaba azorado con el pescuezo tendido; el jinete se iba poniendo pálido.

De pronto dio cara a las grupas y se arrojó al arroyo de un salto, procurando eludir la corriente. Pero allí había un remolino que lo hizo bailar como un trompo, y lo volvió luego suavemente tendido de costado al medio de la canal.

Nadador de gran aliento, pugnó todavía por cruzar el abismo.

El bayo dando vueltas y sacudiendo sus remos delanteros, se había alejado algunas brazas y no había ya que contar con él.

Por dos o tres veces asomó el lomo a la superficie, lleno de brío, en posición de arrancar al través y salvar el obstáculo, aquella fuerza misteriosa que entre tibios vahos lo empujaba aguas abajo de un modo incontrastable.

Después se hundió, reapareció, resopló lúgubremente, giró veloz en el recodo, y a poco saltó a los aires una manga de agua y espuma.

Había caído y rebotado en las piedras sumergidas.

No se vió mas.

Su dueño iba en pos. Había tomado la horizontal y dejábase arrastrar a manera de corcho o inflada vejiga, con el rostro de fuera, cual si luchase

por hacer entrar todo el aire en los pulmones. Sin duda estaban casi agotadas sus fuerzas.

Descendía por grados.

Sus manos crispadas solían aparecer en la superficie, para cogerse locas de la broza que escapábase entre sus dedos.

De repente, asomó una cabeza entre los árboles casi anegados, por donde tenía su entrada una «picada» estrechísima del monte.

Aquella cabeza era la del «gaucho-trova».

Había visto sin duda todo, y conocedor del terreno, avanzólo por la «picada» pasando de rama en rama hasta enfrentar la canal.

Ya al término del boquete, su cuerpo flexible se tendió en un gajo de molle, que fué arqueándose poco a poco hasta mojar sus hojas en la superficie.

Allí afirmado como un gato montés, y libre el espacio necesario entre su cabeza y el árbol para agitar sobre ella la mano, Luna revoleó un lazo y lo tiró con fuerza al nadador.

Éste se cogió a él con ansia, lo arrolló a su cintura hasta ponerlo tirante, sujetóse con las dos manos de la parte que quedaba a flor de agua, y púsose a descansar un momento.

Así que cobró ánimo, empezó a tirar del trenzado y a avanzarse con rudos enviones, lívido, resollante como una res que ha sido arrastrada a lazo muchos metros, y a quien la argolla aprieta la garganta.

Pero, ya a punto de llegar al árbol, quebróse la rama a que estaba ceñido un extremo de la improvisada maroma; y apenas se produjo el crujido, el matrero se sumergió.

No tardó, sin embargo, en resurgir algunas brazas más adelante, manoteando en el vacío; por último flotaron sólo sus largos cabellos.

En tanto, el lazo fué recogido en parte, como si se hubiese hecho con su otro extremo una nueva atadura; y Pablo Luna, completamente desnudo, se arrojó al agua, dando un brinco de lo alto del molle.

El impulso lo llevó hasta el que se ahogaba a quien agarró de los pelos.

Como si sólo esperase un tirón suave, el hombre de la vincha se alzó del abismo, se abrazó a Luna, y los dos muy unidos, cara con cara, giraron en movimiento rotativo, se hundieron y asomaron siempre ceñidos el uno al otro, en medio de la corriente.

Ésta no los empujó aguas abajo.

El lazo apareció tieso y fijo, pues a él estaba amarrado el «gaucho-trova»; quien con las ondulantes guedejas pegadas a las mejillas, dió una gran voz enérgica, puso la espalda al compañero de aventura que le cruzó los dos brazos por el pecho, y arrancó hacia el boquete a favor de la trenza que poco a poco iban sus manos recorriendo con gran firmeza y vigor a pesar del peso sobre sus hombros.

En pocos instantes alcanzó los árboles del boquete; y entre ellos desapareció con su carga.

¡Ah, Pablo del alma!...

Al recordar Soledad este episodio que escuchó una tarde de boca del mismo matrero que lo había presenciado, volvió a pensar que el viejo Montiel odiaba a Luna de puro gusto.

VI

Pero después trajo a la memoria que don Manduca Pintos había hecho algo por ella, en prueba de grande aprecio; y aunque no estaba «prendada» del hacendado riograndense, ni había tenido en mucha monta el ser o no su mujer, con todo le hacía fuerza el recuerdo de ciertas cosas que la ataban al «consentido» como con una coyunda.

Acordóse, pues, de lo que un día le había ocurrido no lejos de las casas, casi encima del monte y junto a un matorral, al apearse de un salto de su zaino.

En esa ocasión, un yaguareté de regular tamaño, que sin duda había estado sesteando entre las breñas, le dió un gran susto.

La aventura había pasado de este modo:

Al apearse Soledad, alguna carne maciza vió el yaguareté que ofrecíale espléndido festín, porque dando dos pasos adelante movió de uno a otro lado la cabeza y la cola relamiéndose los bigotes.

Si bien en parte oculta detrás de su caballo, Soledad sintió su aproximación; dió un grito ahogado y quedóse inmóvil por la sorpresa.

El caballo inquieto, anduvo algunos pasos y empezó a dar vueltas con las orejas tiesas y la vista recelosa, hasta alejarse regular trecho del tigre.

La joven cogida al cabestro y casi ceñida al pecho del animal que adivinaba el peligro, fué siguiéndolo maquinalmente, sin alientos para poner el pie en el estribo o llamar a su socorro.

¿Á quién podía tampoco llamar?

El zaino se paró al fin todo estremecido, dando

el flanco a la fiera que había seguido arrastrándose sobre el vientre en derechura a su presa.

Soledad sofocó un gemido en su garganta.

De pronto el tigre se detuvo también a pocos pasos del grupo, con los ojos fijos de un fulgor siniestro, haciendo anillos con la cola a la manera del gato. Tenía el lomo como un arco.

Un hombre venía a pie por la orilla del monte. Traía un poncho sobre el hombro izquierdo y una gran daga cruzada por detrás en el cinto.

Cuando Soledad lo vio, encontrábase ya él a poca distancia.

No pudo menos de lanzar un grito ronco ante esta aparición imprevista, al ver la tranquilidad que el rostro de aquel hombre revelaba y la firmeza de su andar.

Acabaría de salir sin duda del abra vecina, pues ella recién lo vió entre las nieblas de su miedo. Temblaba como una hoja. Quiso articular alguna palabra y no lo logró. En cambio, sonrió al recién venido sintiendo que le renacía el ánimo.

Don Manduca, pues él era, dijo con el ceño fruncido:

—¡Cómo no, si das volta costas!... ¡Ehu, manchao baboso!

Y arremolinó el poncho.

Observó entonces ella con asombro que Pintos, con una audacia de que no lo creía ella capaz y sin perder la flema, dió un salto colocándose entre el caballo y la fiera, al mismo tiempo que se arrollaba el poncho en el brazo izquierdo y desnudaba la daga con gran presteza.

La bestia empezó a retroceder con sordo ronquido y las fauces abiertas entre las malezas, atenta

al enemigo, pestañeando y pasándose a veces la lengua por los labios negros, de los que caía como un hilo de espumas.

La criolla no miró más. Azogada todavía huyó a pie hacia la huerta, en tanto su caballo, viéndose libre, arrancaba de súbito a gran galope cual si lo hubiese mordido en los jarretes una víbora.

Pero lejos ya la joven, y al eco de un bramido volvió el semblante y pudo ver la fiera en fuga al interior del monte dando brincos enormes por encima de las yerbas y exhibiendo por entero su pelaje negro y dorado que brillaba al sol con un lustre admirable.

Don Manduca, envainando la daga, la siguió pronto con aire de triunfador.

Todo esto la impresionó al principio vivamente. El robusto brasileño parecía saber domar tigres, cualidad que ella no le había conocido hasta que la probó delante de sus ojos.

Esa tarde le brindó Soledad con el mate amargo con mejor talante que otras veces, lo oyó con cierto interés y la comida en común fué muy cordial. Don Brígido por su parte, se mostró en extremo contento por todo lo ocurrido y elogió el arrojo de su amigo entre francas expansiones de alegría y agasajo.

El comento de la cosa duró algunos días por ser novedad poco frecuente. El peonaje la tomó como tema de las pláticas en la hora de la siesta, y se creció en más de un palmo la estatura de don Manduca bordándose en rededor de su persona una «fábula», según la expresión de uno de los narradores.

Sin embargo, pasadas dos semanas, Soledad fué olvidando el episodio y concluyó por volver a su indiferencia, como si en verdad no hubiese nunca sentido ímpetus de pasión por nadie.

Demostraba más gusto en departir sobre, cosas del campo con los peones y en hacerles rascar la guitarra que en estar junto a Pintos.

Cuando se aventuraba alguna alusión en la rueda o en la cocina, se reía o encogía de hombros. Complacíase la mozada en verla hincar sus finos dientes en la galleta dura y sorber con ruido la bombilla; o en seguirla en todos sus movimientos desordenados por si podían descubrir algunos de sus encantos.

A veces los mortificaba levantándose el vestido hasta la rodilla para saltar por encima de la ceniza caliente del gran fogón, o poniéndose en jarras en el umbral de modo que se transparentasen sus formas hermosas a la radiación del sol sobre sus ligeras ropas.

Hirviendo en sensaciones, mostrábanse entonces los peones encelados. Mirábanse con desconfianza los unos a los otros, receloso cada uno de lo que los demás habían visto, y que sólo cada uno de ellos quisiera haber admirado con prescindencia de testigos. El celo llegaba a ponerlos hoscos, prevenidos, casi envidiosos sin causa real.

Acostumbrados a observar silenciosos en el rodeo cómo se disputaban los toros bravíos la junción sexual, la fuerza de la sangre y el instinto brutalmente sugestivo los predisponía a hacer con la daga lo que el poderoso macho con el cuerno.

Reprimíalos no obstante, su condición, así como los accidentes diarios de la vida de pastoreo que les

hacían olvidar con los esfuerzos del músculo y las fatigas de la faena, sus tristes odios y amores.

Era a la vista de Soledad que éstos recrudecían cuando la holganza se nutría con el mate y el tabaco, la guitarra, la canción y la payada. Entonces bullían las ansiedades y los enconos en el corazon «matrero». La margarita punzó les andaba por las pupilas, como un velo de sangre, muy roja y viva.

En el afán de verla, todos estaban cada día muy temprano en el palenque aderezando sus caballos.

VII

De éstas y otras muchas cosas por ella sentidas u observadas, antojósele acordarse a Soledad la tarde en que vio pasar por su lado a Pablo Luna.

Al día siguiente extrañóse que aún pensara en él al despertarse; y con la aurora levantóse y fuése al campo.

Cerca de las casas, estando ya el maíz en sazón, habíase erigido una troja o sea un ligero armazón en forma de cabaña cónica de regular amplitud en su base cubierto con las mismas espatas y panículos secos de su planta, cuyos frutos se deseaba resguardar de la intemperie. A falta de compartimientos en el edificio o en el grosero rancho de paredes embostadas que sirviesen de depósito a los productos agrícolas escasos del tiempo a que nos referimos, improvisábanse así con los mismos desechos las trojas de manera tan industriosa, que resistían al igual de las parvas la acción del sol, de la lluvia y del viento.

A espaldas de la troja se alzaba una línea de tunas muy crecidas llenas de «chumbos».

A estos sitios se dirigió Soledad. Por allí se movió de un lado a otro tanteando los higos largos momentos. Entróse despues a la troja, y se puso a arrancar las hojas colgantes sin preocuparse de lo que hacía.

Don Manduca, en una de sus estadías en la estancia había construido la troja con sus propias manos, por no parecer ocioso. Ella bien lo sabía.

A fuerza de tirar de los tallos y panículos llegó a abrir un agujero en el techo, y apercibida de este destrozo echóse a reir con ganas y salióse muy ligera de la troja.

En el fondo de las tunas había una extensa loma.

Encaminóse por ese rumbo como vacilando, dando vueltas, trazando curvas.

Abría el día pesado y caluroso.

Próximo al barranco de la Bruja, casi en frente del bosque, había un trazo de terreno de altos pastos solitario y montaraz. La cepa-caballo y la flor de viuda se confundían con la visnaga, el duraznillo negro, el plumerillo, el hinojo y la cicuta. Había también apio en las piedras, zarzamora en el boscaje, arazaes en la ladera y espinas de la cruz en el fondo arenoso.

Soledad se detuvo delante del matorral un momento, ensimismada. Zumbaban a su alrededor cien insectos brillantes y movíanse en los gajos y hojarascas en rumoroso enjambre escarabajos y bichos moros, cárabos, isocas, crisómelas, corpulentos capricornios y langostas voladoras. En nada de esto paró ella atención; sino que echando una ojeada hacia

las casas, por si era o no vista, cruzó luego por un estrecho sendero el barranco rápidamente y al mismo paso llegó en pocos instantes a lo alto de la loma.

Desde allí se dominaba un vasto paisaje. La sierra estaba próxima con sus cejales azulados, sus faldas sombrías, sus peñascos amarillosos formando una cortina inmensa festonada por la línea verde del monte. En las cumbres oscilantes los vapores como jirones de tules, esfumaban sus blancas volutas al calor solar, y en las faldas ya limpias irradiaba esplendente la mañana tiñiéndolo todo de dorados reflejos.

Púsose Soledad a mirar hacia los estribaderos de la sierra, verdaderos sitios salvajes, entre cuyos matorrales se alcanzaba a percibir un ranchejo negro de gaucho pobre.

Nada sin duda pudo divisar, porque volvió los ojos, al parecer cansada, al extremo del valle que a su izquierda hacía ángulo con el monte y la loma.

Por allí triscaba los pastos una manada de yeguas de colas llenas de abrojos, arisca, bufadora, casi agresiva.

Un padrillo de enredadas cerdas y pelos bastos, impetuoso y gruñidor, aplanaba a cada momento las orejas, mostraba los dientes y arremolineaba la grey repartiendo recias coces a todos rumbos.

Las yeguas giraban en torbellino alrededor de la madrina, cuyo esquilón sonaba en el centro como tocando a somatén.

Al fin se detuvo el padrillo impetuoso, enarcó el cuello con gran bizarría, alzóse lleno de vigor pujante y oprimió entre sus remos delanteros unos cuadriles redondos con brutal e intensa caricia, hipando bravío, encrespada la crin, trémulo el copete,

muy abiertas las narices cual si por ellas saliese una ráfaga de fuego.

Soledad contempló atenta aquella escena, sin signo de extrañeza, aunque con cierta avidez, la mirada muy fija y la mejilla ardiendo. Su seno ondulaba de vez en cuando con alguna violencia.

Después se alejó varios pasos de allí con los ojos en el suelo; los volvió de nuevo a la falda de la sierra, y por largo rato los mantuvo fijos en la guarida de Pablo Luna, cual si esperase columbrar algo que calmase sus ansias del momento.

Por fin un bulto muy lejos, el de un jinete que acababa de dejar el rancho y se dirigía al trote sierra adentro.

No podía ser otro que el «gaucho-trova» pues no se le conocían amigos, ni nadie se allegaba a su madriguera.

¿Qué iría a hacer allá entre los cerros?

Llevaría tal vez la guitarra, su única amiga, con el intento de cautivar con sus sones a otras mozas, a quienes también cantaría lindas decimas.

Esta idea mortificó mucho a Soledad.

Era preciso que él viniese cerca de ella e hiciera lo mismo, que la persiguiera y la encariñase.

Recien se apercibió que a su alrededor había como un vacío, y que la soledad no la llevaba en el nombre sino dentro de sí misma.

Un poco de angustia, que nunca sintió, la invadió de súbito removiendo el celo en el fondo de su pecho lleno de rudos instintos. Un gusano venenoso parecía morderle allí en la entraña con insistencia cruel.

El potro seguía lanzando en la manada como

carcajada histérica su grito encelado y enérgico entre botes y dentelladas.

Aquello acabó por irritar a Soledad, que se volvió a largos pasos hacia las tunas

—Lo he de amadrinar! —decíase a media voz, empañada la mirada por un llanto extraño que ella no podía evitar y se le agolpaba a los párpados. ¿Por qué no?... Él no es más que otros

VIII

Esa tarde lo vió.

Luna echó pie a tierra en el bajo y la saludó con sequedad.

Estremecióse toda; púsose muy palida, ahogóla una emoción irresistible.

Pero no se sintió con fuerzas para mirarlo de frente, en los ojos, como en el fondo lo ansiaba.

Por el contrario, le dió la espalda, y echóse a caminar entre las tunas a pretexto de escoger higos chumbos en sazón.

Púsose a tantear con fiebre, excitada. Caíale la crencha negra sobre los ojos muy brillantes; tenía húmedas las pupilas, hinchado el labio inferior como una guinda madura, y las mejillas llenas de rosas rojas.

Toda ella era un desasosiego extremo; presentaba los síntomas de una agitación nerviosa que era sin embargo peculiar a su temperamento y que más de una vez, al contemplarla con mirada codiciosa, había hecho exclamar a los peones.

—Parece jején de monte!

De una a otra tuna, con mano hábil para eludir las espinulas enconosas, su brazo se alzaba o des-

cendía como desciende o se alza la abeja agreste en un búcaro de cardas.

Quedábase a ocasiones quieta delante del fruto tentador.

Mas, su cabeza siempre dura, inflexible, sólo sacudía la melena sin volverse.

Al fin la mano temblorosa bajóse casi a la altura del ruedo del vestido que se había enganchado en una de aquellas paletas de un verde-oscuro, cogiólo y tiró con ímpetu hasta levantarlo a medias, poniendo al descubierto una pierna de formas tornátiles tan hermosa, que cuando ella volvió a ocultarla se sonrió complacida cual si el orgullo asomase a sus labios en aire de triunfo, y le asistiese la persuasión de haber herido al hombre en la entraña

Al ver aquello, Pablo Luna largó el cabestro, y quedóse mirando con los ojos fijos muy abiertos.

Después avanzo algunos pasos, pero no en línea recta, sino a la manera del ñandú; arrastrando por los pastos la lonja del «rebenque» o dando con ella a alguna langosta voladora que se levantaba por delante, desplegando al sol sus alas mordoré.

Llegó a colocarse muy cerca de la joven, que puso también algo de su parte para esa aproximación; acaso de un modo casi inconsciente, atraídos uno y otro por una fuerza impulsiva.

Y muy próximos permanecieron callados, alejándose pocos pasos, volviéndose sin mirarse más que de soslayo, cual si ninguna simpatía existiera entre ellos y los hubiese dejado mudos algún agravio profundo.

Iban y venían. Él se echó el sombrero a la nuca, para secarse el sudor de la frente.

Ella arrojó al suelo un higo como enfadada con sus pinchos, y se volvió a las tunas.

Pablo siguió detrás a pesar suyo.

Al contemplarla llena de juventud, moviéndose febril, sentía que la sangre le caldeaba las venas y que un afán desconocido de hablar, de cantar o de sonreír, de modo que ella lo escuchase o lo mirase sin menosprecio o desaire, lo aturdía y hacíale vacilar agitado.

Una vez que Soledad se le puso cerca, de manera que a él le pareció que le llegaba el calor de su rostro, removiósele el labio con una expresión sensual, y dijo al fin muy bajito:

—El chumbo es masiao caliente... Pone como juego la boca.

Soledad hizo un mohín agitando sus gruesas trenzas, y se rió sin mirarlo.

Después pasó rozándolo como una ráfaga; se inclinó hacia el suelo y se puso a atar un zapato cuya tirilla de cuero había aflojado.

Traía en la boca una florecilla azul cuyo tronquito oprimía entre los dientes.

Pablo Luna la observó de costado, inmóvil, y murmuró como hablando solo:

—Quien juera flor!...

En ese mismo instante se oyó la voz del hacendado, que gritaba desde un ventanillo:

—Ya anda por ahí ese vago... A repuntiar a su guarida, rotoso!

El «gaucho-trova» enderezó callado a su caballo, montó y se fué al tranco, caída la barba en el pecho y los pies fuera de los estribos.

Soledad se puso a mirarlo con aire triste.

IX

Pocos días después hubo faena dura en el campo.

Empezaba la esquila.

Con este motivo habían acudido peones de jornal de todas partes, hasta completar el número de treinta. Casi todos eran hombres muy diestros en el oficio, y que sólo para ese trabajo pesado se reservaban, errando de aquí para allí, de zoca en colodra, o de galpón en «tapera» en términos de la tierra, mientras no llegaban los días ardientes en que el vellón está parejo y la tijera entra en uso.

Mucha actividad, calor excesivo, atmósfera densa se notaba bajo una grande enramada. Cuerpos inclinados, brazos en continuo movimiento, ovejas derribadas, montones de capullos, ruido de latas, algunas voces broncas y jadeantes, balidos lastimeros tras de uno que otro pellizco brutal de la tijera, muchas greñas y barbas erizadas, un poco de risa sonora, sudor a chorros, arrastres de ovinos por la pata en balumba sin piedad, brincos de especial gimnasia por los que ya habían pagado el tributo y se iban reblanquecidos con algún surco rojizo en forma de talabarte meneando el rabo y lanzando una protesta quejumbrosa, majada que llenaba el aire de monótonos ecos revolviéndose en el corral entre un polvo canela fino y sutil, enfardes a prisa, rezongos del capataz, «mangangá» zumbador de aquella colmena que andaba del rincón al centro y del centro al rincón amenazando siempre con la lanceta de su labia tartajosa, mastines que dormían la siesta a los costados de la enramada roncando sin recelo: véase ahí el cuadro.

El ambiente olía a pura oveja. El ruido de las tijeras y el lamentarse de las crías, hacían una música descompasada y chillona. Como efluvios de fiebre maligna, se inhalaban hacia afuera a bocanadas, las múltiples espiraciones de hombres y de bestias.

Bajo la luz solar que hacía reverberos a lo lejos, sobre las altas yerbas inmóviles, uno que otro tordo, con el pico entreabierto, cruzaba el aire en busca del boscaje en que guarecerse, con las alas húmedas y tendidas.

Entre los esquiladores estaba Pablo Luna muy contraído y afanoso.

Había venido muy temprano, y pedido al capataz una tijera, diciéndole:

—Aunque de a de balde que juese quiero trabajar. No me desaire...

—Gueno —habíale contestado aquél—; pero tené guarda al patrón si da por aquí la guelta aurita no más. Hoy estaba fulo y cuasi me chorrea.

Hemos dicho que don Brígido Montiel era muy bajo de estatura y algo redondo de carnes. Acaso por eso y por su humor acre y agresivo, el capataz lo ponía al nivel del zorrino.

El «gaucho-trova» desde que entró en la enramada se puso a su trabajo sin hablar con nadie, ni levantar la cabeza sino en raras ocasiones cuando así lo exigía la faena.

Nunca reclamaba la paga. Los demás lo observaban en silencio, con extrañeza, y solían cambiar algunas frases a media voz. Pablo Luna, a pesar de todo, continuaba como absorbido por completo en su ocupación, caído el sombrero sobre las cejas, desplegando una actividad nerviosa que llenaba de asombro al capataz. Él solo esquilaba por dos.

Así pasaron horas.

Declinaba el día, cuando don Brígido vino a la enramada después de una vuelta por el campo.

Al apearse, con una mirada de buitre dominó el conjunto y hasta los detalles; y echando la manea a su pangaré, gritó con gran ronquera:

—Hay un peón de más ahí!... Ése que se esconde con el capacho y se amorra de puro gusto. No lo preciso, don Sandalio, y despídalo ahora mismo!

El capataz quiso balbucear alguna excusa, rascándose la coronilla con una mano y con la otra encajándose un cigarro a medio consumir atrás de la oreja.

Pero el patrón no le dejó hablar, levantando su tono agrio y descompuesto entre injurias brutales.

—Fuera con él... no consiento retahilas, canejo[1] De esos «cimarrones» estoy harto y de sus mañas escamado. A los zorros dañinos se les larga los perros si se ofrece. Que cace nutrias y tucos, y a holgar, por su madre!

Don Brígido Montiel parecía presa de una cólera reconcentrada.

El peonaje un tanto sorprendido, siguió el trabajo en silencio, lanzando ojeadas oblicuas al patrón y a Pablo Luna

Éste se había erguido adusto, arregládose el cinto y el chiripá, y salídose a paso lento sin murmurar. Pero esta vez, al alejarse, miró con dureza a quien con tanta frecuencia lo hería. Acomódose el chambergo a un lado con un movimiento brusco y resolló con fuerza, acaso de fatiga, tal vez de amargura.

Los peones movieron las cabezas y se miraron.

Uno dijo bajito:
—El hombre se va agraviao.
Otro añadió en el mismo tono:
—No hay loro manso cuando le tocan la cola.

X

El resto de esa tarde lo pasó Luna acostado en su rancho, hasta ya entrada la noche.

No pudiendo dormir como era su deseo, abandonó su lecho de caronas, aparejó el caballo y saltando en él tomó la orilla del monte con rumbo al barranco de la Bruja.

De este sitio a la casa de Montiel había corta distancia.

No se daba cuenta clara de porqué iba en esa dirección, y no en otra. Vagamente se dibujaba en su espíritu la imagen de Soledad.

Era una noche de atmósfera serena, tibia, saturada de aromas silvestres, llena de suaves fulgores el espacio y el monte de móviles luces etincelantes sobre las bóvedas frondosas.

La vegetación arbórea orillando los ribazos en toda la extensión del arroyo, atravesaba el valle a lo largo, descendía en los terrenos deprimidos junto a los estribaderos, y perdíase entre dos cerros como una enorme columna de ejército que marcha a la sordina.

Allá en el cauce, las aguas del arroyo, al caer sobre las piedras de un recodo, producían un rumor sordo y semejante al redoble del tambor destemplado.

Uno que otro gorjeo de calandria soñadora, algún grito de buho o leves silbos de zorzales, que tropezaban semidormidos en las ramas, eran los únicos ecos que del monte surgían como toques misteriosos de silencio.

Sobre el conjunto de tupidas hojas, a modo de auri-verdes lentejuelas que relucieran a la tenue claridad de los astros, un mundo de lampíridos y piróforos formaba como una atmósfera de chispas en las copas de los árboles.

Pablo Luna llegó al barranco y de allí pasó a lo alto de la loma. Dominábanse las poblaciones desde ese punto hasta en sus menores detalles. Estaban muy próximas. Ya había concluído la cena hacía rato, pues veíanse varias personas tomando aire en el lado opuesto de las tunas a cabeza descubierta y en mangas de camisa.

Una mujer había traspasado la línea de las tunas, y dirigíase a paso lento a la loma.

Pablo que se encontraba cerca, en medio de la zona oscura adonde no llegaba el indeciso resplandor de los candiles de los ranchos, reconoció en esa mujer a Soledad.

Entonces volvióse al bajo, o sea al trazo de terreno que colindaba con el barranco de la Bruja. Ese lugar estaba en tinieblas. El fulgor de las estrellas bastaba sin embargo para hacerlo todo visible al ojo campesino.

Luna se apeó y maneó el caballo.

Soledad llegó a la loma, observó, vió y se estuvo quieta.

Pablo se puso a silbar bajo un estilo con tal afinamiento y dulzura, que piaron algunos pajarillos

en el monte desconfiando que ya estuviera encima la alborada.

Soledad caminó algunos momentos por la altura, mirando hacia los ranchos. Luego quedóse otra vez inmóvil dando la espalda al vallecito.

El «gaucho-trova» continuó en sus silbos de pájaro selvático cada vez más concertados y armoniosos, con remedo de cuerdas de guitarra y de sentidas querellas.

Después cesó de silbar, y dijo de modo que ella lo oyera:

—Una nadita de favor para el que se va del pago. Haiga cien años de suerte para todos, que nunca he de volver!

Soledad bajó la cuesta. Pareció herida por aquel lamento y aquel adiós.

Y ya a un paso de Pablo, exclamó llena de soberbia.

—¿Para eso te allegaste? Aunque querés, aura no te has de ir.

Luego cambiando de tono, agregó:

—¿Qué andás buscando? Nunca me miraste.

—Esto mesmo. Si no miré denantes jué por miedo de ser cargoso. Pero ya no puedo... Tengo que mirar o que rumbear a otro pago.

—No has de rumbear matrero!

—Gueno. Entonces me quedo hasta que me manden.

—Asina es. ¿Te se ha figurao que podés mandarte?

Pablo Luna abrió muy grandes los ojos.

Soledad se sentó en los pastos, arrancó un puñado de ellos, y se lo arrojó al «gaucho-trova» con ademán de enojo.

Ante aquella extraña demostración, aumentóse su alegría y sintió que le subía a la cabeza como un vaho caliente.

Soledad se tendió a lo largo, dióse vuelta, rióse fuerte y le tiró al rostro otro puñado de gramilla.

—Parejito que a bagual! —retozó Pablo con risa ahogada, temblándole todo el cuerpo.

—Sentate aquí —dijo ella dando con la mano en el suelo.

El «gaucho-trova» dejóse caer como una bola al lado de Soledad, quedándose en la posición de la caída todavía riendo nervioso, el sombrero en la nuca y el rulo sobre los ojos encrespado y trémulo.

Los dos se estuvieron mirando un largo instante.

De lejos venía la bronca voz de Montiel que hablaba con el capataz sobre las faenas del día.

Ningún otro ruido perturbaba el silencio, salvo el relincho aislado de los potros en el valle.

Soledad que había estado con el oído atento, alzó de pronto la mano y apartó del semblante de Pablo el bucle, murmurando:

—Ojizaino!

Y él, sin prestar atención, como ensimismado, dijo siempre tembloroso:

—Hoy vide pájaros negros en el lomo de un mancarrón agusanao...

—¿Y qué le hace?...

—La bruja que aquí mataron los perros, asiguraba que era mal aguero aunque se le ajustase al animal una guasca al pescuezo.

Al citar a la *bruja,* Pablo usó de un tono extraño.

Soledad se incorporó súbitamente, y abriendo bien sus dos manos cogió a Pablo del cuello y lo

volteó de costado, así como hacen los cachorros en sus juguetes y revolcones.

—Güeno, —dijo Luna —con una lonja asina, que me desueyen por la virgen bendita!

Y excitándose, añadió:

—Vámonos enancaos.

—No —repuso Soledad estremeciéndose—. Para juir hay tiempo.

—Para mí el mameluco te ha echao el «daño».

—Por qué? —preguntó ella, riendo otra vez entre gozosa y asustada—. Sólo en el mate que juera...

Pablo se excitó más de improviso.

Alargó el brazo, la tomó de un hombro y la arrojó con fuerza de costado sobre los pastos.

Soledad no opuso resistencia, quedándose boca arriba mansa, dócil, insinuante a pesar de aquel manotón grosero.

Una de las trenzas se le había cruzado por el lindo rostro como una banda negra.

Luna la separó de allí con los labios y besó a la joven en la boca cinco y seis veces.

Después la ciñó con sus brazos de la cintura, resollante, la trajo hacia sí impetuoso y la tuvo estrechada largos momentos hasta hacerla quejarse.

La dejo entonces.

Pero como ella no se levantara y le encariñase la barba con la palma de la mano, Pablo volvió a estrecharla con un ahinco extremo oprimiéndole entre los dientes uno de sus hombros carnudos y redondos.

—Me lastimás, bruto —dijo Soledad en voz bajita.

Él dejó de morder, y rióse como una criatura.

La joven se levantó, se arregló las trenzas y fuése sin saludarlo.

Pero se iba despacio como sin ánimo de hacerlo, vacilante y suspirando.

Paróse en la loma. En ese momento oyóse encima la bronca voz de don Brígido que decía:

—Tú paseando al raso, y don Manduca a la espera. Acaba de apearse, muchacha, y lo primero ha sido preguntar por la consentida. Dáte priesa marrullera!

—No ha que dármela —contestó Soledad con desgane—. Que aguante!

—¡Hem, que aguante!... buena laya de desairar.

—¡No desairo... y que me importa!

—Desmandada andás, Solita. Canejo, con la pava de monte!

Y esto diciendo, Montiel se vino hasta el sitio en que se encontraba su hija, quien a su vez andando procuró ponérsele delante a fin de que no viese al «gaucho-trova».

A pesar de sus esfuerzos por encubrirlo y arrastrar a don Brígido lejos de allí, éste percibió a Pablo, e incontinenti arrojó un terno sangriento.

Al terno se siguieron dos saltos veloces sin pronunciar más palabra, cual si una cólera irresistible hubiese trabado la lengua del ganadero.

Luna, que se había estado quieto, y casi en cuclillas atento a las voces, no tuvo tiempo de incorporarse, recibiendo de improviso un golpe de puño en la cabeza que lo dejó aturdido.

¡Rotoso! —rugió recién don Brígido casi sofocado por la ira—. ¡Válgate la suerte que no traigo el

cuchillo, mal parido, que sin asco te abría las entrañas.

Y cuando iba a repetir el golpe, una mano nerviosa se posó en su brazo, y la voz de su hija gritó aguda y fuerte a su oído:

—¡No le pegue, tata!

XI

Al recibir el golpe, Luna sintió subírsele la sangre como un aluvión a la cabeza; y salido de su aturdimiento, tentado estuvo de desnudar la daga.

Lo desarmó, sin embargo, el hecho de ver alejarse a Montiel, a quien su hija había cogido del brazo y arrastraba hacia las casas, en medio de una brega de interjecciones, amenazas y crudos reproches.

Pablo se echó de brazos sobre el cuello de su caballo, ahogándose en sollozos. Apenas podía tenerse de pie. El manso alazán se movía de atrás para adelante, tascando el freno, y luego de costado describiendo semicírculos, como si ofreciese el lomo a su amo que parecía estrecharlo en medio de su congoja, como a su único amigo.

Al fin montó y fuése por la orilla del monte.

Junto al barranco de la Bruja se paró de golpe y extendió hacia él las dos manos con ademán tétrico y extraño.

Sin balbucear palabra, siguió su camino casi errante entre las sombras, a solas con sus instintos en el matorral abrupto, sin luz clara en el cerebro, amargada por el hondo agravio su pasajera alegría, absorto en su dolor.

Era el camino seguido el mismo que en otro tiempo emprendió con el cadáver de la bruja a cuestas; de aquella *bruja* que él parecía tener motivos para amar hasta más allá de la tumba.

Anduvo largo trecho. Entró al potril oscuro.

Se apeó de pronto, arregló el recado con mano convulsiva, y rompió a llorar. Después alzó crispado el puño, conjuró a grandes voces la sombra de la *bruja,* y tirándose al suelo boca abajo se mantuvo en esa posición un gran rato, cual si buscase esconder su semblante debajo de tierra.

Entre sus gemidos lúgubres pronunciaba la palabra *mama,* con una especie de unción casi religiosa. El cadáver apretado entre leños parecía constituir su embeleso, pues atraía con frecuencia sus miradas.

Desvariaba con el «daño»; con los pájaros negros que había visto en el lomo de un animal enfermo; con el ñacurutú que servía de imaginaria al féretro colgante.

En ese estado, sus miembros se estremecían, hundía el rostro en el suelo, hacían trémulos sus espuelas.

Conciliado el sueño, a las dos horas se despertó sobresaltado con los ojos extraviados y la cabellera revuelta. Miraba a todos lados con cierto azoramiento. Dió algunos pasos temblando, con las manos extendidas. Sin duda en sueños, por su imaginación ofuscada cruzó un fantasma sangriento enseñando anchas heridas a través de sus harapos; fantasma que huía perseguido por una banda de perros famélicos, veloces monstruos de erizados pelos y agudos colmillos.

Pasándose una mano por los ojos sacó a medias la daga de la vaina, observó a una y otra parte con

aire de sonámbulo y volviendo al fin a su ser, quedóse taciturno.

El cuerpo de la bruja reposaba entre los árboles circuído de hojarascas y enredaderas: junto a él inmóvil, el buho mantenía fijos sus ojos como dos grandes tucos en el gaucho desalado.

Volvióse a arrojar al suelo, y quedóse de nuevo quieto largos instantes.

El alazán daba vueltas sujeto por el cabestro del brazo de su amo, y de vez en cuando bajaba y sacudía la cabeza resoplando.

Estos resoplidos concluyeron por hacerle levantar la suya dolorida, y tornó a ver al lado del ataúd colgante, al ñacurutú que lo miraba silencioso. En su extravío imaginóse que los redondos ojos del buho no reflejaban ya una luz amarilla, sino un destello rojo que venía a herirlo en las pupilas como un dardo de fuego.

Se incorporó hablando incoherencias, un idioma incomprensible, cual si conversara con la sombra de la *bruja*. Seguía llamando a ésta *su madre,* en medio de la jerga en que estallaban sus instintos.

Por último, dirigió el brazo tendido hacia la isleta en que dormía Rudecinda su sueño eterno, y lo agitó en señal de adiós. El buho, a su vez, batió sus alas sin ruido, como si fueran de felpa. Pablo saludó también a ese centinela de morrión de plumas, que defendía de los insectos a la pobre muerta.

Se arrojó a los lomos a plomo y recomenzó a andar. Pero no se dirigió a su rancho

Vagabundo por el valle, por los ribazos por los estribaderos, escudriñando sendas, sondando el vado del arroyo, volviéndose por el mismo camino recorrido, desmontándose aquí y corriéndose como un

duende por acullá, fugaz, misterioso, transcurrieron para él las horas como segundos, y sorprendióle la alborada en un escondrijo del monte con el gesto sombrío y la mirada torva.

Doliale la cabeza y le aturdía un zumbido sordo.

—Se me hace camoatí —se dijo, como desvariando y dándose con el puño en la sien.

Recién con el sol alto concilió el sueño.

Durmió poco, tirado en los pastos. Dejóse estar sin embargo hasta la hora de la siesta; esa hora en que los rayos solares caen rectos, la atmósfera ahoga, semejan pequeñas lagunas las maciegas en lo hondo de los valles; el chajá entreabre las alas entre los vahos del cieno, hace su música de mil élitros todo un mundo invisible y reina soberana la cigarra aturdidora con el coro de flautas de los arbustos.

Fué la que eligió Pablo para moverse. Tenía la seguridad de no ser visto, porque todos debían dormir a la sombra de los árboles o de las enramadas a esa hora de pereza y de modorra.

Salió paso tras paso del monte. Penetró en el valle lleno de ganados. Se detuvo a cierta distancia y paseó una mirada al parecer vaga, sin objeto por el campo.

Por algunos momentos se fijó en ciertos sitios y matorrales muy espesos.

La tierra era muy rica y fecunda en aquel valle. Las lluvias de la pasada estación habían sido abundantes y regulares a períodos; el agua había penetrado bien en el suelo, de una capa superior negra y fértil, en partes ligeramente ondulada con desagües del arroyo. En otras de corta extensión, presentaba pequeños bañados cubiertos de juncos, duraznillos blancos y maciegas secas muy nutridas.

La gramilla, el trébol, la cola de zorro, habían crecido desmesuradamente elevándose en enormes haces sobre el nivel. Eran millones de aristas verdiamarillas de profusa variedad que remataban en puntas, penachos y borlones con las flores azules de los cardos, los ramilletes mustios de la cicuta y los oscuros racimillos de los saúcos.

En el centro del valle llegaban a cubrir hasta el vientre al ganado mayor.

La zona reservada al ovino se hallaba al lado opuesto de las poblaciones.

Algunos «ñandúes» se movían entre el profuso pastizal de que hablamos; pero de ellos sólo se veía con la cabeza parte del largo pescuezo.

Pablo Luna observaba el paisaje, cual si por primera vez le llamase la atención. Luego encaminó su caballo al rancho.

En su rostro había una expresión siniestra. Parecía absorbido por una idea tenaz o dominado por la fuerza de terribles instintos.

En el mirar torvo y en una mueca amarga que contraía su boca, fácil era adivinar lo que pasaba en el interior de su cerebro. La exasperación de sus nervios le hacía rechinar los dientes aun dormido; pero ese rechinamiento, en el instante a que nos referimos era mayor que de costumbre

Paróse al frente de su miserable vivienda y desde allí miró nuevamente el valle, la casa distante, los corrales, la «manguera», el mar de hierbas, el maizal del fondo, todo lo que se destacaba a su vista bajo los rayos de un sol esplendoroso Y después de mucho mirar, movió de uno a otro lado la cabeza lanzando un eco ronco.

Tiróse del caballo de un salto, lo desensilló y fué a sentarse a la sombra en un cráneo de vaca. En seguida se puso a picar tabaco con el cuchillo.

En esta operación se estuvo largo rato, deteniéndose a veces para descansar el brazo sobre la rótula y permanecer con la vista en el suelo en hondo abismamiento.

Caíale en la mejilla sudorosa el rulo negro y brillante que le envelaba el párpado de semipliegue y de vez en cuando lo sacudía arrojándolo hacia atrás con un movimiento enérgico.

Y volviendo al fin la hoscosa mirada al valle, exclamó:

—¡Osamenta, gusano y pasto seco!

XII

De pronto, sintiéndose con apetito, púsose de pie y con una actividad que pocas veces había desenvuelto para atender a sus propias necesidades, amontonó gruesos troncos secos con los que hizo frente al rancho un gran fogón.

En esta diligencia empleó algún tiempo, pues primero tuvo que comunicar el fuego a un puñado de aristas por medio de los «avíos» o sean el eslabón y la yesca.

Trajo luego del interior un trozo de carne de una oveja que había degollado el día antes cerca del monte; lo echó sobre los troncos ardiendo, dióle varias vueltas hasta que chorreó la grasa, revolcólo en la ceniza, y considerándolo ya listo a media cocción

empezó a comerlo a regulares bocados que cortaba con la daga a una línea de los labios.

Satisfecho su estómago, púsose a otra tarea. Extrajo de una bolsa vieja y agujereada que había en un rincón del rancho algunos pedazos de grasa y sebo, que dividió y adelgazó con la daga. En seguida hizo añicos la lona de la bolsa de manera que sus hilachas y desechos formasen como una estopa; y con estos desperdicios envolvió aquellas materias, confeccionando cuatro líos pequeños, inflamables al menor roce del yesquero.

Los ató con un pañuelo cuidadosamente para que no se deshicieran.

Después hizo una mueca siniestra, levantando el puño con sorda cólera.

Salió, respiró a sus anchas, escudriñó el valle, y a poco volvió a caer en una cavilación profunda.

Algo le preocupaba tenazmente. Llegó a balbucear el nombre de Soledad.

Transcurrida media hora, durante cuyo lapso de tiempo ora se estuvo sentado con las dos manos en el rostro, ora se paseó inquieto, recostando por instantes la cabeza en las paredes del rancho, pareció entrar en cierto sosiego, como quien ha concebido un plan práctico y encontrado los medios necesarios para realizarlo en todos sus detalles por arduos que fuesen.

Y así debió ocurrir en los recónditos de su cerebro, antes atormentado; porque cogiendo su guitarra empezó con maestría a rasguearla y luego a canturrear con una voz dulce de calandria enferma.

No duró mucho su concierto a solas. Puso de súbito la guitarra junto al lío del pañuelo, y se tendió boca abajo en la sombra del alero.

A poco dormía.

Se despertó tarde, cuando el sol había bajado el horizonte formado por las cumbres de la sierra, y sólo un resplandor indeciso dejaba entrever a medias los bultos en el valle.

Soplaba un nordeste casi tibio de ráfagas desiguales que, sin ser violentas, doblaban los penachos y ponían en columpio los juncales de la ribera.

Pablo Luna aderezó su alazán tranquilamente, colocando pieza por pieza del recado en sus lomos con la mayor prolijidad; apretóle bien la cincha, arregló con cariño el lazo a grupas, ató el «vichará» a los tientos y al fiador un pedazo de churrasco y una calderilla.

Acomodóse las boleadoras en la cintura, abajo del tirador; el pañuelo encima de éste, con sus cuatro líos juntos en forma de canana por delante; la daga a un costado con la empuñadura saliente; la guitarra a traseras del lomillo. Palmeó suave el alazán.

Después de este trabajo descansó.

Cerraba la noche. Algunos nubarrones en forma de montañas proyectaban su sombra en el valle modelando grandes placas negras sobre el mismo fondo oscuro, por lo que no hubiera sido fácil al ojo más avisor percibir allí ningún objeto.

Pasadas las diez, el «gaucho-trova» montó en su alazán y descendió al valle, encaminándose por el lado del monte. Era la hora en que los zorros gritan y canta la corneja. Aparte de esos ruidos, el reposo era profundo.

Pablo no apuró su cabalgadura. Mantuvo la marcha al trote, largo rato, sin tropiezo, confiado en el mutismo de los campos y en la obra del misterio.

Deslizábase al reparo de la cortina del monte como un duende.

Detúvose por fin en el barranco de la Bruja, allí donde era más ancho y crecían más compactas las malezas. Rumor alguno perturbaba la calma de aquellos lugares desiertos.

El «gaucho-trova» se apeó, y echando mano al pañuelo extrajo una de las mechas que en él iban atadas.

Bajó al barranco, introdújose en lo intrincado de la espesura a favor de los brazos y de la cabeza, dió fuego al yesquero cuyas chispas se trasmitieron a la estopa, sopló algunos momentos y sobrevino la llama. Colocó entonces la mecha bien debajo, y se volvió al sitio en que estaba su caballo.

A los pocos minutos la maleza despidió humo espeso, y luego empezaron a asomar lenguas rojas por los huecos de la maraña.

Pablo Luna montó y encajó rodajas con energía derecho al valle. Su caballo se lanzó al gran galope.

Fué casi una carrera, cuyo ruido amortiguó el espesor de las hierbas.

A una milla del barranco, la diestra mano del jinete paró al alazán de golpe.

El sitio de esta nueva etapa hubiese ocultado aun a medio día a un matrero, por lo elevado y nutrido de su vegetación herbórea.

Pablo hizo en este paraje lo mismo que acababa de efectuar en el barranco. Otra mecha ardió; simultáneamente se prendieron fuego los pastos con una celeridad vertiginosa, y el jinete tornó a emprender su carrera, esta vez con mayor ímpetu hacia el centro del extenso llano.

Aquí, el voraz elemento tenía de sobra para alimentarse. A más del pastizal enorme había acá y acullá maciegas de paja brava, multitud de arbustos, en su mayor parte secos.

Luna arrimó la chispa al combustible; y, cerciorado de que todo aquello sería pronto ceniza negra, arrancó rumbo a los estribaderos de la sierra, a cuyo pie se extendía la zona sembrada de maíz

En medio de la oscuridad, cual si ella no existiera para sus ojos de buho, enderezó al sitio, espantando al ganado que bufaba a sus flancos; y un rato después, una luz viva se alzaba entre las gramíneas.

Cuando volvió riendas, espoleando a su caballo bañado en espumas, una claridad intensa inundaba el campo, y los animales en grandes agrupaciones empezaban a agitarse de uno a otro lugar, entre ligeros mugidos y relinchos, preludios del colosal concertante que en breve debía suceder al estallido del incendio.

El «gaucho-trova» castigó a dos lados, lanzándose a toda rienda a la parte opuesta de los cerros, en cuyas faldas estaba su guarida.

Entre el monte y el valle había una zona despejada que servía de camino; el escogido siempre por Luna en sus excursiones, y el único que aparte del sendero del barranco, podía favorecer contra las llamas la fuga de los moradores de la estancia.

El rancho de Pablo distaba poco de este camino. No había más que trasponer los estribaderos y salvar algunos matorrales y encrucijadas, para colocarse en su promedio y dominar la salida.

Parece que éste era el intento del «gaucho-trova», porque azotaba sin descanso para ganar largas al tiempo.

El alazán alcanzó pronto los estribos de los cerros, devorando el espacio; deslizóse por el camino que orillaba el monte y puso termino al frenético galope en su misma querencia, casi a la puerta del rancho.

Imponente era el espectáculo que se dominaba por completo desde esa altura.

El mismo Pablo sintió un gran temblor en todos sus miembros, que él llegó a vencer con un acceso de rabia.

XIII

Los altos pastos y pajas bravas ardían en una vasta extensión, irradiando vivísima lumbre en las alturas y a lo largo de las laderas.

Sobre el haz de la zona opresa por paralelas de cerros pedregosos, alzábanse viboreando enormes lenguas de fuego; y allí donde más nutridas eran las totoras, formábanse deslumbrantes corolas entre sordas crepitaciones y millaradas de chispas.

Por pavorosas estelas de brasas pasaba el ganado huyendo. Parecía presa del vértigo. La pezuña del enjambre removía y hacía trizas las ascuas, despidiéndolas hacia atrás, entre torbellinos de cenizas ardientes. Muchos toros, con las guedejas y borlones chamuscados, ganando la delantera en medio de roncos bramidos, se apretaban en los fatídicos senderos; uníanse los ludimientos de sus guampas al fragor de los troncos que estallaban bajo la presión de la hirviente savia.

Al empuje formidable de la piara despavorida, rodaba estrujado entre las llamas de los flancos el

ganado menor que no había atinado a guarecerse con tiempo en los ribazos del arroyo; y al olor de la lana achicharrada se mezclaba el de la cerda y el de cien malezas consumidas por tenaz voracidad, acumulando en la atmósfera gigantescas volutas de humo negro, sembrado de fugaces luminarias.

Las faldas de la sierra, en otras horas sombrías, aparecían en ese momento como vestidas de terciopelo color sangre, a su vez recamado de cenicientos visos que los gases simulaban al flotar en densos nubarrones sobre los abismos y estribaderos. Los peñascos de las bases y de las cumbres, heridos por el vívido reflejo del incendio, resaltaban en la costra como deformes verrugas de un tinte roji-amarillento.

En medio de aquella atmósfera irrespirable, llena de vapores, ruidos y estrellas errantes, los bramidos y relinchos por muy atronadores que fueran, no alcanzaban a cubrir los gritos enérgicos de los hombres, que se alzaban como notas sobreagudas en la heroica lucha con el incendio.

El maizal nutrido, a manera de centro de una línea de batalla en orden cerrado, chisporroteaba ensordecedor, al abrirse en rosetas los granos de sus espigas.

En el recodo del valle una manada de yeguas ariscas, formando herradura, con las ancas puestas hacia el sitio en que dominaba el fuego, distribuía un diluvio de coces a las llamas que iban aproximándose con una celeridad terrible.

Aquellos animales, revueltas las crines, el ojo aterrado, las narices como hornallas, las pieles trasudantes entre borbollones de espumas, se habían detenido junto a unas rocas acantiladas, de cuyos resque-

brajos surgían hacia afuera, a modo de arpones, multitud de arbustos espinosos de ramas cortas y duras.

Combustible de fácil presa, este enmarañado boscaje había ya recibido en su seno algunas aristas ardiendo, disparadas desde lejos con la violencia de proyectiles.

La maraña empezaba a crepitar, y una que otra culebra de fuego tras una bocanada de humaza, escapábase de la espesura oscilante y fatídica.

Hurones y lagartos corrían veloces por todas partes, buscando dónde sepultarse de cabeza, metiéndose y saliéndose de sus cuevas con una rapidez pasmosa. Raudas bandas de murciélagos cruzaban entre chirridos la humareda. En las bocas lóbregas de ciertas grutas, removíase todo un enjambre de alas de otros tantos quirópteros, que se azotaban con ellas en la prisa de la fuga, cayendo a montones en el tropel a pocas líneas de las brasas.

Al sitio donde las yeguas estaban, no distante del «rancho» de Pablo Luna, vió éste llegar de improviso dos hombres de los del servicio de pastoreo; quienes, bastante osados para arrostrar el peligro, echaron el «lazo» a uno de los yeguares y dieron con él en tierra.

Matáronlo en el acto; lo abrieron a sendas cuchilladas del pecho al vientre de modo que quedasen a medio salir las entrañas; liaron con los extremos de sus «lazos» de trenza un remo delantero y otro trasero de la yegua destripada; y espoleando sus caballos comenzaron a arrastrar aquel montón de carnes y de huesos por encima de los pastos encendidos.

Corrían bien separados uno de otro por terrenos que el fuego no dominaba todavía, en tanto los despojos sangrientos que formaban como el vértice del ángulo, rodaban sobre el fuego apagándolo a trechos, y a trechos difundiéndolo hacia otros lados sin atenuar su violencia.

En pos de ese tren lúgubre, quedaban algunas ranuras o isletas negras circunvaladas de llamas.

Ante esos desesperados afanes, que él observaba impasible, el «gaucho-trova» murmuró:

—Es al cohete. Al viento no se asujeta como a la yegua por los garrones!

En realidad el nordeste soplaba con fuerza empujando las llamas hacia la «enramada» y la huerta, que estaban a corto espacio de las casas.

Pablo Luna había escogido bien la oportunidad para dar cima a su obra destructora.

El desastre completo parecía inevitable en un campo de altos pastizales y cardos ya sin verdor, de chilcas, juncos y espadañas. Todo ardía como yesca.

Vió Pablo en aquel recodo del valle, verdadero desvío infernal donde las yeguas ariscas habían hecho semicírculo pateando las llamas en vez de huir, cómo se incendiaba la maraña veloz e ibase formando alrededor de las rocas un festón de fuego tan vivo y poderoso, que los yeguares más azorados se revolvieron al fin, enviándole redobladas coces, en tanto el voraz elemento avanzando por el frente, convertía en pavesas sus crines y copetes.

Luego las llamas de uno y otro extremo llegaron a confundirse: cuerpos negros se debatieron desesperados en el centro entre lugubres relinchos tropezando, cayendo, levantándose para volver a derrumbarse en espantoso tumulto Una tromba de

humo negro cuajado de chispas se elevaba a grande altura bajo la gira frenética y loca; trilla de brasas que volaban en infinitos átomos a todos rumbos bajo los cascos furiosos, y se incrustaban en los cuellos y lomos como verdaderos tábanos de fuego.

Instantes después, la columna de vapores fué más densa y opaca, y un olor de carne achicharrada se difundió con fuerza en la atmósfera. Había concluído en el lugar fatídico la lucha heroica del instinto contra la muerte.

Con la cabeza hundida entre las manos, lívido, desgreñado, el «gaucho-trova» no apartaba del cuadro sus ojos inyectados de sangre.

Sólo cuando el fuego impelido por el nordeste estuvo cercano a las casas, saltó a su alazán y alzando el rebenque dió un grito de fiera, saliendo a media rienda por la orilla del monte rumbo al barranco de la Bruja.

XIV

Hemos dicho que don Manduca Pintos había llegado a la estancia la noche anterior, y que, con este motivo, Montiel había ido en busca de su hija produciéndose la escena violenta del vallecito y de la loma.

Siempre que el ganadero riograndense venía a la estancia, pasaba dos o tres días en compañía de su amigo, no sólo por razón de los negocios de campo en que eran copartícipes desde varios años atrás, sino también por el interés de estrechar más sus vínculos de afecto con Soledad que estábale reservada para compañera por la voluntad paterna.

Don Manduca no era hombre hábil para agradar con la palabra y los modos; pero en cambio, manifestaba cierta sinceridad de intenciones que lo hacía tolerable y casi admisible en el sentir de la criolla. Algunos regalos de dudoso gusto complementaban su relativa obsecuencia. Bajo otro aspecto, solía avanzarse en sus demostraciones amorosas a título de posesión interina; por lo que Soledad lo tenía a distancia, sin dar tampoco mayor importancia a sus licencias, sin duda porque no se había penetrado de lo que significaba todo aquello de juntarse a un hombre de por vida.

Pintos dormía en el mismo departamento que don Brígido; de modo que a dúo sus ronquidos forzaban obstáculos y trascendían al de Soledad, por otra parte muy habituada a aquella música gruñona.

En la noche de que hablamos, el concierto estaba en auge desde las nueve y media. Soledad, embargada todavía por las impresiones del suceso de la loma en la noche anterior, era tal vez la única que no dormía.

El hecho la había herido, ahondado un poco su acrimonia, y aun producido un surco en su corazón entero. Sentía algo extraño que no era verguenza, ni lástima, ni pasión, sino las tres cosas reunidas.

Su padre había pegado a Pablo en su presencia; hasta le había dicho ladrón... Estaba ella confusa y colérica al solo acordarse de esa bárbara escena. Después la maltrató a ella misma de palabra, y la hubiese castigado con el rebenque en las casas, si don Manduca no lo sujeta de los brazos, y la ampara con su cuerpo. Esto había sido terrible, y llegó ella a enconarse, a retraerse con dureza. Con-

servaba persistente el rencor. Mortificábale de una manera aguda el recuerdo y quisiera borrarlo de su memoria.

No podía; y esto aumentaba su simpatía, su cariño por Pablo a quien habría deseado ver cerca de ella para consolarlo. Llegó a pensar mal de su padre y a aborrecer a Pintos.

Aquel pobre «gaucho-trova» lindo, esbelto, extremoso en sus caricias tenía el ardor y el gusto de la miel del monte. Después, tan triste como un pájaro solitario!

Sus besos fogosos sonaban aún en su boca; y a su dejo perdurable, entreabríansele a Soledad los labios muy bermejos en fruición solitaria, y ondulábale el alto seno cual si oyera cerquita, en la oreja, una canción de amor.

Y aquel modo de manotearla, de rendirla y de reír como un muchacho inocente, al punto de no haberse ella sentido con fuerzas para estorbarlo!...

Sentía también en el hombro carnudo el fuego de su boca y en la cintura la presión de sus dedos delgados y nerviosos que la oprimieron como a guitarra. Y así recordando, volteó de lado la cabeza suspirante; y concluyó por dormirse con una expresión de goce voluptuoso en el rostro.

Fué cerca de media noche que Soledad despertó sobresaltada.

Por las rendijas del ventanillo le llegaba como un trueno sordo entre infinitos clamores.

¿Qué sería eso?

Restregóse los ojos, vistióse a la ligera, encajó los pies en los zapatos y corrió al ventanillo abriéndolo de un tirón.

Hirióla de súbito la realidad; humo y calor la sofocaron.

Abandonando entonces el sitio precipitóse al cuarto del ganadero, y en seguida a la puerta, atropellándolo todo en las tinieblas.

No atinó a llamar a su padre ni a Pintos, pero reuniendo todas sus fuerzas ahuecó sus dos manos en la boca, gritando desolada

—¡Paulo! ¡Paulo!

Su voz no tuvo más alcance que el de una de tantas chispas que saltaban fugaces al espacio para apagarse de súbito a mitad de su trayectoria. Los fragores aumentaban en todos lados.

Entonces dió vueltas a los ranchos como loca. Por doquiera fuego y humo en grado progresivo, ladridos, gritos lejanos, relinchos agudos, fuertes detonaciones cual si en el valle, en las lomas, en las sierras trabaran hombres y bestias un combate a muerte en medio del incendio gigante.

XV

Antes que Soledad se despertara y se precipitase fuera de los ranchos, su padre, madrugador de buena ley, recibió en el primer sueño una sensación extraña en el olfato y un rumor inusitado en el oído. Se sentó ágil en la cama y prestó atención. El ruido que venía de afuera no era la sierra que se desmoronaba, pero sí algo no menos formidable.

Don Brígido Montiel sin despertar a Pintos se arrojó de la cama al tremendo rumor, y salió dando voces imponentes con un cuchillo en la diestra.

Ningún peón contestó a su llamado.

Antes que esperar sus explosiones los pastores prefirieron escaparse los unos, y otros más fieles y animosos habían decidido combatir el incendio sin esperar órdenes.

Montiel se encontró al frente de una barrera de fuego. Gritó; clamó furibundo.

Una zona de pastos cortos que rodeaba los corrales, aún no había sido invadida. Allí estaba su caballo de trabajo atado a un poste fornido.

Montiel se dirigió corriendo al sitio

Barbotaba sangrientos ternos y juramentos que parecían ronquidos felinos.

Multitud de animales pequeños salidos de las asperezas próximas a la sierra se apiñaban en el terreno libre, dispersándose a su paso o cruzándose por entre sus piernas con la rapidez del pánico apereaes, iguanas y hasta zorros de pelaje plomizo.

El ganadero repartía golpes de rebenque con su izquierda y de cuchillo con la derecha hirviendo en cólera y apurándose por llegar a su caballo.

Éste hacía giros vertiginosos en torno del poste sin poder desprenderse del maneador que a él lo retenía, ni romper el bozal a cuyo fiador ceñía el otro extremo de aquél una fuerte presilla.

El animal bufaba azogado multiplicando sus encabritamientos y corvetas a medida que el maneador se iba arrollando en el madero y disminuía el radio de acción.

A cinco o seis pasos del caballo, don Brígido envainó el cuchillo y se inclinó ágil para coger la soga.

Tenía el brazo arremangado hasta cerca del hombro, y su mano casi convulsa empezó a registrar los pastos.

Como viese algo negro y tornátil que se movía rápidamente ondulando cerca del poste, creyó fuese el «maneador», y lo aprehensó por el medio, teniendo cuenta de no ser enredado y derribado en el arranque por alguna lazada traidora.

Pero, en el momento mismo, aquello que él creía parte del «maneador» escapósele de entre los dedos entre vigorosos retorcimientos.

Era un cuerpo vivo, grueso y escamoso cuyo roce lo heló de espanto.

Sonó un silbido agudo: e inmediatamente sintió Montiel que el reptil —pues era un crótalo poderoso— se le enroscó en el brazo donde hincó los colmillos.

Enfurecida por el fuego, la víbora había acumulado en sus glándulas gran suma de mortal ponzoña.

Montiel dió un grito de rabia y de dolor, y volviendo con toda su fuerza el brazo izquierdo, descargó un golpe de rebenque sobre el reptil, que en vez de abandonar la presa, escurrióse ligera hacia arriba y lo mordió en el cuello de toro.

Luego lanzó otro silbido, y se hizo una rosca en el pescuezo que apretó súbitamente con sus terribles anillos.

Montiel sofocado abrió los brazos, y se desplomó en los pastos.

Su rostro amoratado apareció espantoso a la luz del incendio; por el brazo y cuello corríanle hilos de sangre negra. Los ojos fuera de órbitas tenían una expresión de fiera estrangulada.

El caballo, que había destrozado el «maneador» en una suprema sacudida, dió un brinco y pasó por encima de su amo tirando coces.

XVI

Aunque de sueño pesado, don Manduca Pintos sintió los gritos de Montiel. El calor en grado extremo lo había bañado en sudor, y la humaza espesa penetrando por las rendijas de puerta y ventanillo hacía imposible la permanencia dentro del rancho.

El riograndense se revolvió sorprendido; llamó a su compañero inútilmente; se arrojó del lecho presuroso, y a medio vestir salió al campo en busca de su picazo.

Costóle trabajo aparejarlo junto a la enramada.

La humareda envolvía en espesa capa todos los objetos; cruzaban por doquiera sombras veloces; los ruidos eran colosales.

Sin perder la serenidad don Manduca concluyó su faena, volvióse a las casas, buscó a Montiel y no hallándolo se lanzó al valle.

Iba vociferando, y sus acentos parecían ladridos.

Pero estas voces no encontraron eco. Un lago de fuego se extendía delante avanzando al soplo del viento en oleada gigantesca, el humo cubría toda la atmósfera haciéndola irrespirable, un millón de chispas se elevaban en torbellino formando trombas mugidoras, y entre resplandores color de sangre solían cruzar como saetas de uno a otro extremo fantásticos jinetes cuyos caballos parecían alados y arrojar fuego por las narices a manera de apocalípticos dragones.

Con los gritos potentes de Pintos coincidían otros gritos extraños, formidables. Nadie oía. Se luchaba aisladamente en trazos dispersos de terreno, cada uno por su cuenta, por acto de conciencia, por hábito del peligro. A los confusos clamores de los

hombres hacía coro un bramido permanente, estridor de hierros, crujidos de breñas incendiadas y de cañas al reventar como bombas de espoleta.

Don Manduca retrocedió ante una avalancha de novillos furiosos.

Las briznas ardiendo cual sopladas por inmensos bodoques empezaban a salpicar cerca del palenque estallando como cohetes voladores.

Pintos clavó espuelas, volviendo riendas a las casas.

Su picazo voló como temiendo sentar los cascos en el suelo que venían las llamas arrasando.

—¡Brígido! —gritó con energía.

Y repitió por tres veces su gran voz dirigiéndola a todos vientos.

No obtuvo respuesta. Los ladridos de los mastines enfurecidos salían del lado opuesto de las casas casi ahogados por cien rumores como del fondo de una gruta.

Perdido entre densos nubarrones estuvo a punto el jinete de dar contra los muros de las casas; pero la débil luz de un candil que proyectábase hacia afuera le permitió sujetar a tiempo su cabalgadura.

En seguida y rápido en todos sus movimientos sin pérdida de segundos, el ganadero pareció haberse resuelto a una empresa atrevida, vista la enormidad del desastre; porque dando vuelta casi entera a los ranchos en cuya gira se agitó su picazo a saltos de cabra montés mordiendo el freno, tiró a dos manos de las riendas frente a una puerta, aplomó al caballo de súbito con el tirón bestial, alargó el brazo fornido y cogió de la cintura a una mujer, cuya silueta se destacaba apenas entre la humaza que circuía las poblaciones.

Esta mujer, que era Soledad, fué levantada como una paja por aquel brazo musculoso y sentada en el crucero del caballo en un momento.

—¿Quién me agarra? —preguntó la criolla casi sofocada.

No le contestó más que un resuello de buey. Tras de un nuevo estrujón, volteó a un lado la cabeza desvanecida.

El caballo revolvióse con su doble carga, y arrancó a escape rumbo a la loma.

A un costado la troja ardía chisporroteando a modo de descomunal pabilo, y con su vivo resplandor alumbraba el sendero de las tunas y la falda de la colina.

¿Cómo pudo arder tan pronto? De esto no se dió cuenta don Manduca. Dentro de la zona aún no dominada por el incendio era la troja por él construída lo único que llamareaba cual inmenso hachón funeral de aquella morada convertida en sepulcro, o como roja luminaria encendida para mostrar en las tinieblas el camino de la fuga.

En brevísimos instantes Pintos alcanzó la loma, aspirando el aire menos impuro a dos pulmones.

Pero otra sorpresa terrible paró de golpe su caballo. el barranco de la Bruja nutrido de malezas ardía en toda su extensión reventando como granos de sal penachos, alcachofas y borlones y desprendiendo de sus antros mefíticos vahos que impregnaban por doquiera la atmósfera.

Ante aquel límite infranqueable y aquella hondonada profunda de donde salían mil lenguas de fuego que lamían ya los pastizales del vallecito amenazando llevar el estrago hasta la altura, hasta los agaves, hasta las poblaciones yendo al encuentro de

las llamas cada vez crecientes que avanzaban de la gran llanura; en presencia del peligro inminente de morir abrasado dentro de un círculo de espantosas hogueras, símil completo del infierno de las estampas, el ánimo de Pintos vaciló y acometido al fin de alguna pavura procuró orientarse, inquiriendo una salida antes que el círculo se estrechase.

El calor subía de punto hasta hacerse intolerable, caía el sudor de su rostro a chorros sobre el cuerpo de Soledad, que parecía muerta, el humo aumentaba sus volutas opacas rodando en bajo nivel en remolinos, y el caballo lleno de espuma brincaba trémulo de terror a todos lados, con la boca ensangrentada y las fosas nasales muy abiertas a modo de hornallas encandecidas.

Don Manduca pensó en su angustia que lo mejor era recostarse al agua y seguir la orilla del monte hasta el vado; una vez en éste, la salvación era segura, porque detrás estaba la sierra con sus frescas cañadas y su oxígeno sin miasmas.

Cuando ya se disponía a seguir adelante cerrando los ojos al peligro, tuvo otra vez que sujetar los ímpetus de su caballo ante un ruido sordo y siniestro.

En el momento mismo un gran grupo de animales vacunos en frenética carrera cruzó a pocos pasos haciendo estremecer el suelo; y estos animales con el asta baja y semi-chamuscados bramaron embravecidos frente al barranco, y al fin se lanzaron por encima de aquel purgatorio en tremenda balumba salvando unos y derrumbándose otros en la cuenca hasta formar estos últimos con sus cuerpos amontonados algunos huecos oscuros en la línea del fuego.

Habían enderezado por instinto hacia el sendero que daba acceso al borde opuesto y que ellos mismos

habían modelado con sus plantas cuando se dirigían al abrevadero del monte. Los cuerpos se sacudieron en aquella parte del barranco breves instantes y dispersaron con sus movimientos de agonía las llamas voraces, quedándose pronto inmóviles sobre su lecho de carbones encendidos.

La tropa vertiginosa parecióle a Pintos una manada de monstruos castigada por látigos de hierro candente; y desatinado, casi en extravío, se precipitó sobre aquel puente lúgubre a cuyos lados se arremolinaban las lenguetas insaciables lamiendo la piel de los toros.

Ya a un paso del puente improvisado asaltóle la idea de arrojar su carga para atravesarlo mejor; pero cuando a ello se disponía, dos brazos, los de Soledad que volvía a su ser de súbito al influjo de la atmósfera abrasadora, se ciñeron como tenazas a su cintura.

Don Manduca encajó las espuelas a su caballo que bajó al barranco a tropezones y se sentó dos veces de manos sobre las reses derrumbadas; y sin abandonar la rienda, obluctó por desasirse de la criolla con su mano de hierro.

Soledad al sentir el estrujón bestial dió un alarido. Fué su grito tan desgarrador que el caballo pujó valiente y en un arranque desesperado tentó alcanzar el opuesto linde; pero sus remos delanteros se doblaron de nuevo bajo el peso de la carga...

Don Manduca dominado por el pánico y dando suelta a sus instintos cogió a Soledad de las trenzas, sacudióla con fuerza irresistible y logrando desprenderse de sus brazos, la derribó a un costado.

El cuerpo de la joven cayó inerte sobre los de las bestias agrupados, a un paso de las llamas.

A la voz intensa que ella lanzó había contestado otra, más semejante al roncar de un tigre que a un acento humano.

Pintos se imaginó en su desvarío, que era la voz de la Bruja; y al mirar a su frente entre la humareda clareada por el viento, alcanzó a percibir un rostro pálido de ensortijados cabellos y expresión diabólica.

XVII

Cuando Pablo Luna, abandonando su punto de mira precipitóse de nuevo al llano con dirección al barranco, llevaba en su cabeza una tormenta. Lo que dentro de ella pasaba guardaba armonía con las escenas que se desenvolvían en el campo de Montiel. A la vez que instintos de exterminio y de venganza implacable, de ésos que en un organismo rudo no parecen nunca satisfechos en presencia del estrago mismo, yendo más allá que los de la alimaña inconsciente, agolpándose a su cerebro impetuosas algunas ideas nobles, fugaces relámpagos de sus pasiones férvidas tan puras y sencillas cuanto eran de toscamente virginales. Cosas sombrías llenaban su mente, y otras la alumbraban como estrellas que lucen entre jirones en un cielo de borrasca. Reía como un loco, o sentía caer gotas de sus ojos, en rápidas alternativas; rugía de cólera, o susurraba un nombre con ternura; y de su carcajada imponente o de su llanto repentino, de su ira sin freno, de su terneza profunda, por serie de intensas emociones, no se daba el otra cuenta sino que tenía odio para todos dentro del pecho, y sólo un amor allí sublevado, hondo, entrañable, por una

viva y por una muerta. Soledad y la Bruja se dividían la parte sana de su corazón «matrero»; una ansia indecible y una memoria triste, una moza ardiente y una momia helada. Perseguido, acosado, ultrajado, era poco para él incendiar y matar; no le enseñaron otras reglas, ni sospechaba que existieran. Tampoco creía que pudiera quererse a medias.

Tanto el odio como el amor debían ser grandes como el desierto. La luz que venía del cielo al valle en parejero con alas, no atravesaba soledades más inmensas que el anhelo del gaucho errante por ser amado.

Cuando este anhelo nacía, saltaba por encima de la sangre y de las llamas si también lo azuzaba el grito de la venganza. Este grito resonaba incesante y terrible bajo su cráneo. Al unísono, otra voz le decía bajo que tenía por delante la soledad triste, por siempre, si no arrastraba otra alma con la suya aunque fuera para perderse como dos alúas confundidas en lo espeso de los bosques.

Reía y lloraba en su carrera fantástica teniendo de un lado la llama vivaz y del otro el monte lóbrego; y entre la luz denunciadora del delito y la fría oscuridad del misterio, su mente divagaba de la ilusión al recuerdo y de la Bruja a Soledad, uniendo lo ya muerto con lo palpitante, encadenando sus instintos para aumentar la potencia de su energía a modo de fuerzas contrarias que se atraen y refunden.

Luego las dudas, los miedos de niño en medio de la acción de gigante, los resabios de origen en presencia del drama final, acumulaban densas tinieblas en el espíritu de Pablo, que creía espantarlas mirando al fuego devorador con rechinamiento de dientes y estridor de espuelas.

El alazán volaba por el sendero con el hocico levantado y el ojo despavorido. Y cuando pasó los cascos casi encima de las llamas iluminándose hasta en su último detalle caballo y jinete, el centauro de fuego redobló sus rugidos. La carrera se convirtió en un vértigo.

Cruzó campos en medio de mil ecos estrepitosos, siempre vestido de rojo como los diablos de la leyenda; derivó por el barranco transformado en torrente de fuego; escaló la loma, arrojóse al sendero de las tunas, y rodeado de cenicientos vapores paróse delante de la troja. La hizo arder. Investigó en las sombras atento a los movimientos de los ranchos echado sobre el cuello del alazán; pudo percibir que el riograndense cargaba con Soledad, y bien seguro de que la fuga debía ser por el lado del barranco o a lo largo del monte hasta alcanzar el vado porque el maizal del fondo con su sábana de llama interrumpía la salida por el rumbo opuesto, u obligaría a un inmenso rodeo, Luna se volvió a toda rienda, atravesó el vallecito y luego el barranco que en determinado lugar permitía el acceso todavía.

Ya en el otro borde, estaba la soledad oscura, parte del monte y de la sierra.

El «gaucho-trova» desmontó allí, y maneó su caballo.

Sin pérdida de un momento corrió al sendero que ya estrechaba el fuego. La humaza venía empujada a esa zona; pero era al propio tiempo la claridad tan viva, que los bultos se alcanzaban a ver a regular distancia.

La aproximación de Pintos, fué pues notada por Pablo que acechaba su llegada con las boleadoras en la mano, en previsión de una vuelta-grupas.

Al salto desesperado de los toros sobre el barranco, Luna se echó a un lado; dejó pasar el torrente, escurrióse de nuevo en cuatro manos hasta el sendero en ese instante relleno con los cuerpos de los caídos, y, oyendo la voz herida de Soledad, contestó con otra intensa, furibunda, poniéndose de pie y brincando con la agilidad del tigre.

Se encontraba frente al sitio en que había peleado a brazo partido con los perros cimarrones, la noche fatídica en que éstos husmeaban las piltrafas de *la bruja.*

Viendo doblar los remos al caballo del fugitivo sobre los toros muertos, y al jinete derribar a un lado con férreo puño y brutal empuje el cuerpo de Soledad, el «gaucho-trova» dejó caer las boleadoras, desnudó la daga que lució con fulgor de sangre, saltó al barranco y asiendo a Pintos aterrado de las barbas lo apuñaleó sañudo en el ancho cuello.

Bañado por un chorro caliente que brotó como de un surtidor recio y espumeante, Pablo se puso el acero en la boca, y a dos manos sacudió y derrumbó al ganadero en el horno espantoso de las breñas.

El cuerpo macizo de Pintos cayó de cabeza en la cuenca hecha ascuas y en ellas se sepultó casi por entero, apartando las llamas un instante como al soplo de un fuelle; pero éstas pronto cerraron círculo, se agrandaron y confundieron en una sus lenguas, acogiendo al nuevo combustible con una salva de lúgubres crepitaciones.

Pablo Luna alzó a Soledad en sus dos brazos con indecible rapidez, trepó con codos y rodillas el repecho a semejanza de una fiera poderosa que arrastra su presa a la guarida, pisó firme el terreno libre, orgulloso, alto, vencedor, y expandió sus alientos con-

tenidos, sus cóleras, sus odios, sus amores en un grito bronco, gutural y salvaje.

El alazán bufó espantado.

Un momento despues, Luna con su carga, le hacía sentir la espuela dirigiéndose a una abra de la sierra.

Detrás dejaba un horizonte rojo y montes de pavesas; por delante se abría el desierto vestido a esa hora de luto y se alzaban como mudos gigantes las moles de los cerros.

Y cuando ya lejos de la densa humareda pudo ostentarse diáfano el cielo, alumbraron sus pálidas estrellas al jinete que a grupas llevaba la guitarra, —confidenta amada de sus dolores, y en brazos una hermosa—, último ensueño de su vida, adusto, altanero, hundiéndose por grados en los lugares selváticos como en una noche eterna de soledad y misterio.

EL COMBATE DE LA TAPERA

Era después del desastre del Catalán, más de setenta años hace.

Un tenue resplandor en el horizonte quedaba apenas de la luz del día.

La marcha había sido dura, sin descanso

Por las narices de los caballos sudorosos escapaban haces de vapores, y se hundían y dilataban alternativamente sus ijares como si fuera poco todo el aire para calmar el ansia de los pulmones.

Algunos de estos generosos brutos presentaban heridas anchas en los cuellos y pechos, que eran desgarraduras hechas por la lanza o el sable.

En los colgajos de piel había salpicado el lodo de los arroyos y pantanos, estancando la sangre.

Parecían jamelgos de lidia, embestidos y maltratados por los toros. Dos o tres cargaban con un hombre a grupas, además de los jinetes, enseñando en los cuartos uno que otro surco rojizo, especie de líneas trazadas por un látigo de acero, que eran huellas recientes de las balas recibidas en la fuga.

Otros tantos, parecían ya desplomarse bajo el peso de su carga, e íbanse quedando a retaguardia con las cabezas gachas, insensibles a la espuela.

Viendo esto el sargento Sanabria gritó con voz pujante:

—Alto!

El destacamento se paró.

Se componía de quince hombres y dos mujeres; hombres fornidos, cabelludos, taciturnos y bravíos; mujeres-dragones de vincha, sable corvo y pie desnudo.

Dos grandes mastines con las colas barrosas y las lenguas colgantes, hipaban bajo el vientre de los caballos, puestos los ojos en el paisaje oscuro y siniestro del fondo de donde venían, cual si sintiesen todavía el calor de la pólvora y el clamoreo de guerra.

Allí cerca, al frente, percibíase una "tapera" entre las sombras. Dos paredes de barro batido sobre "tacuaras" horizontales, agujereadas y en parte derruídas; las testeras, como el techo, habían desaparecido.

Por lo demás, varios montones de escombros sobre los cuales crecían viciosas las hierbas; y a los costados, formando un cuadro incompleto, zanjas semi-cegadas, de cuyo fondo surgían saúcos y cicutas en flexibles bastones ornados de racimos negros y flores blancas.

—A formar en la tapera —dijo el sargento con ademán de imperio—. Los caballos de retaguardia con las mujeres, a que pellizquen... Cabo Mauricio! haga echar cinco tiradores vientre a tierra, atrás del cicutal... Los otros adentro de la tapera, a cargar tercerolas y trabucos. Pie a tierra dragones, y listo, canejo!

La voz del sargento resonaba bronca y enérgica en la soledad del sitio.

Ninguno replicó.

Todos traspusieron la zanja y desmontaron, reuniéndose poco a poco.

Las órdenes se cumplieron. Los caballos fueron maneados detrás de una de las paredes de lodo seco, y junto a ellos se echaron los mastines resollantes. Los tiradores se arrojaron al suelo a espaldas de la hondonada cubierta de malezas, mordiendo el cartucho; el resto de la extraña tropa distribuyóse en el interior de las ruinas que ofrecían buen número de troneras por donde asestar las armas de fuego; y las mujeres, en vez de hacer compañía a las transidas cabalgaduras, pusiéronse a desatar los sacos de munición o pañuelos llenos de cartuchos deshechos, que los dragones llevaban atados a la cintura en defecto de cananas.

Empezaban afanosas a rehacerlos, en cuclillas, apoyadas en las piernas de los hombres, cuando caía ya la noche.

—Naide pite, —dijo el sargento—. Carguen con poco ruido de baqueta y reserven los naranjeros hasta que yo ordene... Cabo Mauricio! vea que esos mandrias no se duerman si no quieren que les chamusquee las cerdas... Mucho ojo y la oreja parada!

—Descuide, sargento —contestó el cabo con gran ronquera—; no hace falta la advertencia, que aquí hay más corazón que garganta de sapo.

Transcurrieron breves instantes de silencio.

Uno de los dragones, que tenía el oído en el suelo, levantó la cabeza y murmuró bajo:

—Se me hace tropel... Ha de ser caballería que avanza.

Un rumor sordo de muchos cascos sobre la al-

fombra de hierbas cortas, empezaba en realidad a percibirse distintamente.

—Armen cazoleta y aguaiten, que ahí vienen los portugos. Va el pellejo, barajo! Y es preciso ganar tiempo a que resuellen los mancarrones. Ciriaca, ¿te queda caña en la mimosa?

—Está a mitad —respondió la aludida, que era una criolla maciza vestida a lo hombre, con las greñas recogidas hacia arriba y ocultas bajo un chambergo incoloro de barboquejo de lonja sobada—. Mirá, güeno es darles un trago a los hombres...

—Dales chinaza a los de avanzada, sin pijotearles.

Ciriaca se encaminó a saltos, evitando las "rosetas", agachóse y fué pasando el "chifle" de boca en boca.

Mientras esto hacía, el dragón de un flanco le acariciaba las piernas y el otro le hacía cosquillas en el seno, cuando ya no era que le pellizcaba alguna forma más mórbida, diciendo: "luna llena!".

—¡Te ha de alumbrar muerto, zafao! —contestaba ella riendo al uno; y al otro: —¡largá lo ajeno, indino! —y al de más allá—. —a ver si aflojás el chisme, mamón!

Y repartía cachetes.

—¡Poca vara alta quiero yo! —gritó el sargento con acento estentóreo—. Estamos para clavar el pico, y andan a los requiebros, golosos. Apartate Ciriaca, que aurita no más chiflan las redondas!

En ese momento acrecentóse el rumor sordo, y sonó una descarga entre voceríos salvajes.

El pelotón contestó con brío.

La tapera quedó envuelta en una densa humareda sembrada de tacos ardiendo; atmósfera que se disipó bien pronto, para volverse a formar entre nuevos fogonazos y broncos clamoreos.

II

En los intervalos de las descargas y disparos, oíase el furioso ladrido de los mastines haciendo coro a los ternos y crudos juramentos.

Un semicírculo de fogonazos indicaba bien a las claras que el enemigo había avanzado en forma de media luna para dominar la tapera con su fuego graneado.

En medio de aquel tiroteo, Ciriaca se lanzó fuera con un atado de cartuchos, en busca de Mauricio.

Cruzó el corto espacio que separaba a éste de la tapera, en cuatro manos, entre silbidos siniestros.

Los tiradores se revolvían en los pastos como culebras, en constante ejercicio de baquetas.

Uno estaba inmóvil, boca abajo.

La china le tiró de la melena, y notóla inundada de un líquido caliente.

—Mirá! —exclamó—, le ha dao en el testuz.

—Ya no traga saliva, —añadió el cabo—. ¿Trujiste pólvora?

—Aquí hay, y balas que hacer tragar a los portugos. Lástima que estea oscuro... Cómo tiran esos mandrias!

Mauricio descargó su carabina.

Mientras extraía otro cartucho del saquillo, dijo, mordiéndolo:

—Antes que éste, ya quisieran ellos otro calor. Ah, si te agarran, Ciriaca! A la fija que te castigan como a Fermina.

—Que vengan por carne! —barbotó la china.

Y esto diciendo, echó mano a la tercerola del muerto, que se puso a baquetear con gran destreza.

—Fuego! —rugía la voz del sargento—. Al que afloje lo deguello con el mellao.

III

Las balas que penetraban en la tapera, habían dado ya en tierra con tres hombres. Algunas, perforando el débil muro de lodo hirieron y derribaron varios de los transidos matalotes.

La segunda de las criollas, compañera de Sanabria, de nombre Catalina, cuando más recio era el fuego que salía del interior por las troneras improvisadas, escurrióse a manera de tigra por el cicutal, empuñando la carabina de uno de los muertos.

Era Cata —como la llamaban— una mujer fornida y hermosa, color de cobre, ojos muy negros velados por espesas pestañas, labios hinchados y rojos, abundosa cabellera, cuerpo de un vigor extraordinario, entraña dura y acción sobria y rápida. Vestía blusa y chiripá y llevaba el sable a la bandolera.

La noche estaba muy oscura, llena de nubes tempestuosas; pero los rojos culebrones de las alturas o grandes "refucilos" en lenguaje campesino,

alcanzaban a iluminar el radio que el fuego de las descargas dejaba en las tinieblas.

Al fulgor del relampagueo, Cata pudo observar que la tropa enemiga había echado pie a tierra y que los soldados hacían sus disparos de "mampuesta" sobre el lomo de los caballos, no dejando más blanco que sus cabezas.

Algunos cuerpos yacían tendidos aquí y allá. Un caballo moribundo con los cascos para arriba se agitaba en convulsiones sobre su jinete muerto.

De vez en cuando un trompa de órdenes lanzaba sones precipitados de atención y toques de guerrilla, ora cerca, ya lejos, según la posición que ocupara su jefe.

Una de esas veces, la corneta resonó muy próxima.

A Cata le pareció por el eco que el resuello del trompa no era mucho, y que tenía miedo.

Un relámpago vivísimo bañó en ese instante el matorral y la loma, y permitióle ver a pocos metros al jefe del destacamento portugués que dirigía en persona un despliegue sobre el flanco, montado en un caballo tordillo.

Cata, que estaba encogida entre los saúcos, lo reconoció al momento.

Era el mismo; el capitán Heitor, con su morrión de penacho azul, su casaquilla de alamares, botas largas de cuero de lobo, cartera negra y pistoleras de piel de gato.

Alto, membrudo, con el sable corvo en la diestra, sobresalía con exceso de la montura, y hacía caracolear su tordillo de un lado a otro, empujando

con los encuentros a los soldados para hacerlos entrar en fila.

Parecía iracundo, hostigaba con el sable y prorrumpía en denuestos.

Sus hombres, sin largar los cabestros y sufriendo los arranques y sacudidas de los reyunos alborotados, redoblaban el esfuerzo, unos rodilla en tierra, otros escudándose en las cabalgaduras.

Chispeaba el pedernal en las cazoletas en toda la línea, y no pocas balas caían sin fuerza a corta distancia, junto al taco ardiendo.

Una de ellas dió en la cabeza de Cata, sin herirla, pero derribándola de costado.

En esa posición, sin lanzar un grito, empezó a arrastrarse en medio de las malezas hacia lo intrincado del matorral, sobre el que apoyaba su ala Heitor.

Una hondonada cubierta de breñas favorecía sus movimientos.

En su avance de felino, Cata llegó a colocarse a retaguardia de la tropa, casi encima de su jefe.

Oía distintamente las voces de mando, los lamentos de los heridos, y las frases coléricas de los soldados, proferidas ante una resistencia inesperada, tan firme como briosa.

Veía ella en el fondo de las tinieblas la mancha más oscura aún que formaba la tapera, de la que surgían chisporroteos continuos y lúgubres silbidos que se prolongaban en el espacio, pasando con el plomo mortífero por encima del matorral; a la vez que percibía a su alcance la masa de asaltantes al resplandor de sus propios fogonazos, moviéndose en orden, avanzando o retrocediendo, según las voces imperativas.

IV

De la tapera seguían saliendo chorros de fuego entre una humareda espesa que impregnaba el aire de fuerte olor a pólvora.

En el drama del combate nocturno, con sus episodios y detalles heroicos, como en las tragedias antiguas, había un coro extraño, lleno de ecos profundos, de ésos que sólo parten de la entraña herida. Al unísono con los estampidos, oíanse gritos de muerte, alaridos de hombre y de mujer unidos por la misma cólera, sordas ronqueras de caballos espantados, furioso ladrar de perros; y cuando la radiación eléctrica esparcía su intensa claridad sobre el cuadro, tiñéndolo de un vivo color amarillento, mostraba el ojo del atacante, en medio de nutrido boscaje, dos picachos negros de los que brotaba el plomo, y deformes bultos que se agitaban sin cesar como en una lucha de cuerpo a cuerpo. Los relámpagos sin serie de retumbos, a manera de gigantescas cabelleras de fuego desplegando sus hebras en el espacio lóbrego, contrastaban por el silencio con las rojizas bocanadas de las armas seguidas de recias detonaciones. El trueno no acompañaba al coro, ni el rayo como ira del cielo la cólera de los hombres. En cambio, algunas gruesas gotas de lluvia caliente golpeaban a intervalos en los rostros sudorosos sin atenuar por eso la fiebre de la pelea.

El continuo choque de proyectiles había concluído por desmoronar uno de los tabiques de barro seco, ya débil y vacilante a causa de los ludimientos de hombres y de bestias, abriendo ancha brecha por la que entraban las balas en fuego oblicuo.

La pequeña fuerza no tenía más que seis soldados en condiciones de pelea. Los demás habían caído uno en pos del otro, o rodado heridos en la zanja del fondo, sin fuerzas ya para el manejo del arma.

Pocos cartuchos quedaban en los saquillos.

El sargento Sanabria empuñando un trabuco, mandó cesar el fuego, ordenando a sus hombres que se echaran de vientre para aprovechar sus últimos tiros cuando el enemigo avanzase.

—Ansí que se quemen ésos —añadió— monte a caballo el que pueda, y a rumbear por el lao de la cuchilla... Pero antes, naide se mueva si no quiere encontrarse con la boca de mi trabuco... ¿Y qué se han hecho las mujeres? No veo a Cata...

—Aquí hay una —contestó una voz enronquecida—. Tiene rompida la cabeza, y ya se ha puesto medio dura...

—Ha de ser Ciriaca.

—Por lo motosa es la mesma, a la fija.

—Cállense! —dijo el sargento.

El enemigo había apagado también sus fuegos, suponiendo una fuga, y avanzaba hacia la "tapera".

Sentíase muy cercano ruido de caballos, choque de sables y crujido de cazoletas.

—No vienen de a pie, —dijo Sanabria—. Menudeen bala!

Volvieron a estallar las descargas.

Pero, los que avanzaban eran muchos, y la resistencia no podía prolongarse.

Era necesario morir o buscar la salvación en las sombras y en la fuga.

El sargento Sanabria descargó con un bramido su trabuco.

Multitud de balas silbaron al frente; las carabinas portuguesas asomaron casi encima de la zanja sus bocas a manera de colosales tucos, y una humaza densa circundó la "tapera" cubierta de tacos inflamados.

De pronto, las descargas cesaron.

Al recio tiroteo se siguió un movimiento confuso en la tropa asaltante, choques, voces, tumultos, chasquidos de látigos en las tinieblas, cual si un pánico repentino la hubiese acometido; y tras de esa confusión pavorosa algunos tiros de pistola y frenéticas carreras, como de quienes se lanzan a escape acosados por el vértigo.

Después un silencio profundo...

Sólo el rumor cada vez más lejano de la fuga, se alcanzaba a percibir en aquellos lugares desiertos, y minutos antes animados por el estruendo. Y hombres y caballerías, parecían arrastrados por una tromba invisible que los estrujara con cien rechinamientos entre sus poderosos anillos.

V

Asomaba una aurora gris-cenicienta, pues el sol era impotente para romper la densa valla de nubes tormentosas, cuando una mujer salía arrastrándose sobre manos y rodillas del matorral vecino; y ya en su borde, que trepó con esfuerzo, se detenía sin duda a cobrar alientos, arrojando una mirada escudriñadora por aquellos sitios desolados.

Jinetes y cabalgaduras entre charcos de sangre, tercerolas, sables y morriones caídos acá y acullá,

tacos todavía humeantes, lanzones mal encajados en el suelo blando de la hondonada con sus banderolas hechas flecos, algunos heridos revolviéndose en las hierbas, lívidos, exangües, sin alientos para alzar la voz: tal era el cuadro en el campo que ocupó el enemigo.

El capitán Heitor, yacía boca abajo junto a un abrojal ramoso.

Una bala certera disparada por Cata lo había derribado de los lomos en mitad del asalto, produciendo el tiro y la caída la confusión y la derrota de sus tropas, que en la oscuridad se creyeron acometidas por la espalda.

Al huir aturdidos, presos de un terror súbito, descargaron los que pudieron sus grandes pistolas sobre las breñas, alcanzando a Cata un proyectil en medio del pecho.

De ahí le manaba un grueso hilo de sangre negra.

El capitán aún se movía. Por instantes se crispaba violento, alzándose sobre los codos, para volver a quedarse rígido. La bala le había atravesado el cuello, que tenía todo enrojecido y cubierto de cuajarones.

Revolcado con las ropas en desorden y las espuelas enredadas en la maleza, era el blanco del ojo bravío y siniestro de Cata, que a él se aproximaba en felino arrastre con un cuchillo de mango de asta en la diestra.

Hacia el frente, veíase la tapera hecha terrones; la zanja con el cicutal aplastado por el peso de los cuerpos muertos; y allá en el fondo, donde se manearon los caballos, un montón deforme en que sólo se descubrían cabezas, brazos y piernas de hombres y matalotes en lúgubre entrevero.

El llano estaba solitario. Dos o tres de los caballos que habían escapado a la matanza, mustios, con los ijares hundidos y los aperos revueltos, pugnaban por triscar los pastos a pesar del freno. Salíales junto a las coscojas un borbollón de espuma sanguinolenta.

Al otro flanco, se alzaba un monte de talas cubierto en su base de arbustos espinosos.

En su orilla, como atisbando la presa, con los hocicos al viento y las narices muy abiertas, ávidas de olfateo, media docena de perros cimarrones iban y venían inquietos lanzando de vez en cuando sordos gruñidos.

Catalina, que había apurado su avance, llegó junto a Heitor, callada, jadeante, con la melena suelta como un marco sombrío a su faz bronceada: reincorporóse sobre sus rodillas, dando un ronco resuello, y buscó con los dedos de su izquierda el cuello del oficial portugués, apartando el líquido coagulado de los labios de la herida.

Si hubiese visto aquellos ojos negros y fijos; aquella cabeza crinuda inclinada hacia él, aquella mano armada de cuchillo, y sentido aquella respiración entrecortada en cuyos hálitos silbaba el instinto como un reptil quemado a hierro, el brioso soldado hubiérase estremecido de pavura.

Al sentir la presión de aquellos dedos duros como garras, el capitán se sacudió, arrojando una especie de bramido que hubo de ser grito de cólera; pero ella, muda e implacable, introdujo allí el cuchillo, lo revolvió con un gesto de espantosa saña, y luego cortó con todas sus fuerzas, sujetando bajo sus rodillas la mano de la víctima, que tentó alzarse convulsa.

—Al ñudo ha de ser! —rugió el dragón-hembra con ira reconcentrada.

Tejidos y venas abriéronse bajo el acerado filo hasta la tráquea, la cabeza se alzó besando dos veces el suelo, y de la ancha desgarradura saltó en espeso chorro toda la sangre entre ronquidos.

Esa lluvia caliente y humeante bañó el seno de Cata, corriendo hasta el suelo.

Soportóla inmóvil, resollante, hoscosa, fiera; y al fin, cuando el fornido cuerpo del capitán cesó de sacudirse quedándose encogido, crispado, con las uñas clavadas en tierra, en tanto el rostro vuelto hacia arriba enseñaba con la boca abierta y los ojos saltados de las órbitas, el ceño iracundo de la última hora, ella se pasó el puño cerrado por el seno de arriba a abajo con expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia:

—Que la lamban los perros!

Luego se echó de bruces, y siguió arrastrándose hasta la tapera.

Entonces, los cimarrones coronaron la loma, dispersos, a paso de fiera, alargando cuanto podían sus pescuezos de erizados pelos como para aspirar mejor el fuerte vaho de los declives.

VI

Algunos cuervos enormes, muy negros, de cabeza pelada y pico ganchudo, extendidas y casi inmóviles las alas empezaban a poca altura sus giros en el espacio, lanzando su graznido de ansia lúbrica como una nota funeral.

Cerca de la zanja, veíase un perro cimarrón con el hocico y el pecho ensangrentados. Tenía propiamente botas rojas, pues parecía haber hundido los remos delanteros en el vientre de un cadáver.

Cata alargó el brazo, y lo amenazó con el cuchillo.

El perro gruñó, enseñó el colmillo, el pelaje se le erizó en el lomo y bajando la cabeza preparóse a acometer, viendo sin duda cuán sin fuerzas se arrastraba su enemigo.

—Vení, Canelón! —gritó Cata colérica, como si llamara a un viejo amigo—. A él, Canelón!...

Y se tendió, desfallecida...

Allí, a poca distancia, entre un montón de cuerpos acribillados de heridas, polvorientos, inmóviles con la profunda quietud de la muerte, estaba echado un mastín de piel leonada como haciendo la guardia a su amo.

Un proyectil le había atravesado las paletas en su parte superior, y parecía postrado y dolorido.

Más lo estaba su amo. Era éste el sargento Sanabria, acostado de espaldas con los brazos sobre el pecho, y en cuyas pupilas dilatadas vagaba todavía una lumbre de vida.

Su aspecto era terrible.

La barba castaña recia y dura, que sus soldados comparaban con el borlón de un toro, aparecía teñida de roji-negro.

Tenía una mandíbula rota, y los dos fragmentos del hueso saltado hacia afuera entre carnes trituradas.

En el pecho, otra herida. Al pasarle el plomo el tronco, habíale destrozado una vértebra dorsal.

Agonizaba tieso, aquel organismo poderoso.

Al grito de Cata, el mastín que junto a él estaba, pareció salir de su sopor; fuése levantando trémulo, como entumecido, dió algunos pasos inseguros fuera del cicutal y asomó la cabeza...

El cimarrón bajó la cola y se alejó relamiéndose los bigotes, a paso lento, importándole más el festín que la lucha. Merodeador de las breñas, compañero del cuervo, venía a hozar en las entrañas frescas, no a medirse en la pelea.

Volvióse a su sitio el mastín, y Cata llegó a cruzar la zanja y dominar el lúgubre paisaje.

Detuvo en Sanabria, tendido delante, sobre lecho de cicutas, sus ojos negros, febriles, relucientes, con una expresión intensa de amor y de dolor.

Y arrastrándose siempre llegóse a él, se acostó a su lado, tomó alientos, volvióse a incorporar con un quejido, lo besó ruidosamente, apartóle las manos del pecho, cubrióle con las dos suyas la herida y quedóse contemplándole con fijeza, cual si observara cómo se le escapaba a él la vida y a ella también.

Nublábansele las pupilas al sargento, y Cata sentía que dentro de ella aumentaba el estrago en las entrañas.

Giró en derredor la vista quebrada ya, casi exangüe, y pudo distinguir a pocos pasos una cabeza desgreñada que tenía los sesos volcados sobre los párpados a manera de horrible cabellera. El cuerpo estaba hundido entre las breñas.

—Ah!... Ciriaca! —exclamó con un hipo violento.

En seguida extendió los brazos, y cayó a plomo sobre Sanabria.

El cuerpo de este se estremeció; y apagóse de súbito el pálido brillo de sus ojos.

Quedaron formando cruz, acostados sobre la misma charca, que Canelón olfateaba de vez en cuando entre hondos lamentos.

